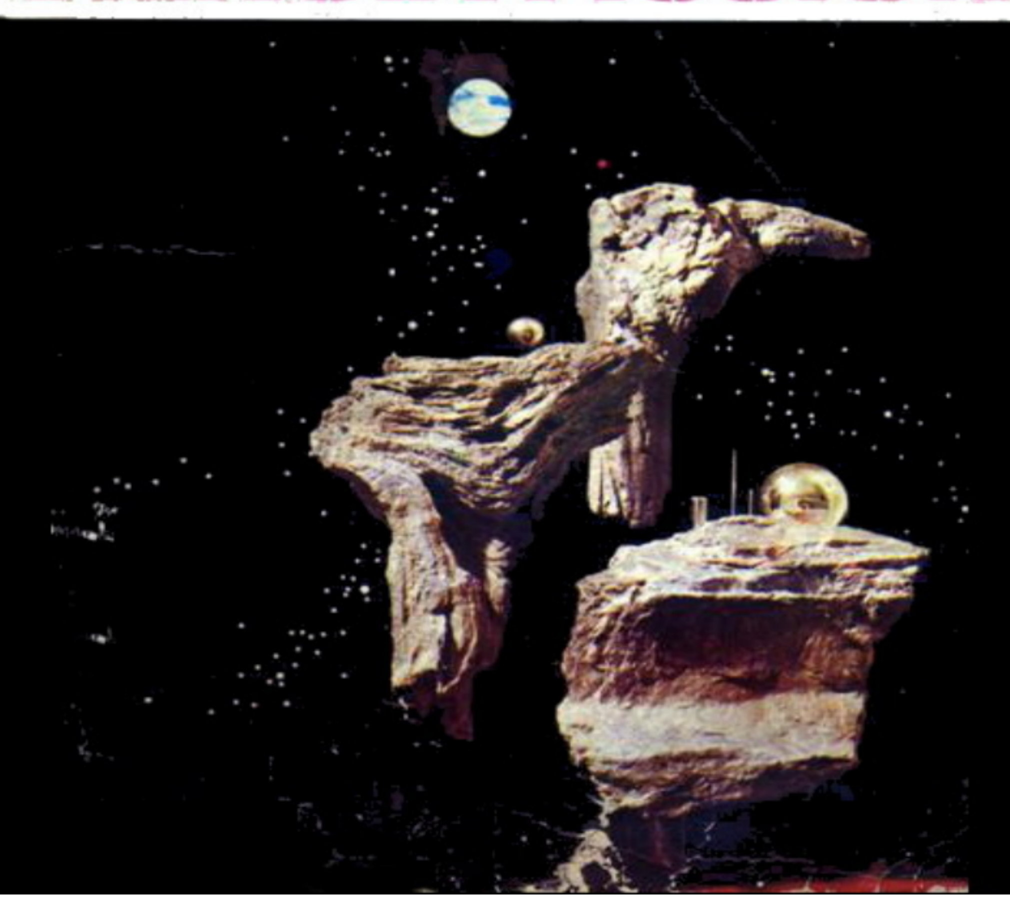
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PLASMA VIVIENTE

marcus sidereo

CIENCIA FICCION





PLASMA VIVIENTE

marcus sidereo

CIENCIA FICCION


eb
LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

MARCUS SIDEREO

PLASMA VIVIENTE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 328

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 36.682 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1976

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajesy entidades privadasqueaparecenenesta novela,asícomolas situacionesdela misma,sonfruto exclusivamente de la imaginacióndelautor, por lo que cualquier semejanzaconpersonajes,entidadeso hechos pasados oactuales, serásimplecoincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallés (N-152 KM 21,650)— Barcelona —

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

323— *Larvas,* Adam Surray.

324— *Antiplaneta,* Glenn Parrish.

325— *El señor del fuego,* Clark Carrados.

326—¿Me *das fuego, marciano?,* Joseph Berna

327— *Kamikaze espacial,* Ralph Barby.

CAPITULO PRIMERO

—Nada, Egan. No hay nada absolutamente —dijo Reg al regresar a la nave.

Junto a Reg estaba Oln, el más joven del trío, experto en comunicaciones. Tenía un pequeño artefacto en la mano que emitía un zumbido combinado con un guiño.

—Bueno. Ese chisme no había fallado nunca. ¡Será mejor tirarlo!

Desde la nave el piloto jefe Egan observaba el incómodo suelo y la cúpula que emergía a unos cincuenta metros aproximadamente.

Era realmente un panorama desolador, incluso aquella cúpula que sobresalía del basalto, contribuía a aumentar la sensación desagradable que producía el lugar.

Pero Egan no estaba satisfecho.

—¿Habéis mirado bien?

—Puedo darte las medidas exactas del perímetro de la base de la cúpula y su diámetro. Su construcción es de material laminado muy sólido. No hay ninguna abertura y no produce la menor resonancia al ser golpeada.

Oln arrojó lejos de sí el pequeño cacharro oscilante que hasta entonces había llevado consigo.

—¡Ahí te quedas! Espero que cuando regresemos hayan inventado algo mejor. Si en vez de dar con un lugar solitario caemos en otro sitio habitado por gentes hostiles… ¡Brrr! No quiero ni pensarlo. ¡Y todo por culpa de un detector que emite sonidos cuando debería permanecer mudo!

—Bueno —adujo Reg dirigiéndose a Egan—. ¿Qué hay de la nave?

—Habrá que componer el repetidor. Ila perdido por completo la fuerza y no actúa. Tal como está sólo podríamos elevarnos un poco y dar un paseo turístico por encima del planeta —repuso el piloto sin quitarle ojo a la cúpula.

—Pues manos a la obra. No me gusta nada esto —adujo Oln—.

¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Sólo el que tú y Reg habéis tardado en observar la cúpula —recordó Egan.

—Pues a mí me parece una eternidad —rezongó Oln subiendo a la nave dispuesto a desmontar una tapa del suelo.

—Te pasa como a mí —sonrió Reg subiendo a su vez—. Llevamos demasiado tiempo en el Espacio. Incomunicados.

—Esto ocurre por no hacerme caso —gruñó Oln—. Cuando perdimos el contacto debimos regresar.

—Teníamos una misión —dijo Egan desde la puerta—. Había que cumplirla por encima de todo.

—¡Valiente misión! Llegar a Uglu y traernos a uno de sus diminutos habitantes repelentes y viscosos. ¿Creías de veras que en Uglu había esa clase de gente?

—Lo que nosotros pudiéramos creer no cuenta para nada. Bien lo sabéis —repuso el piloto—. Nos metimos en esto para cumplir las órdenes que se nos dieran, no para pasear a nuestras anchas.

—¡Maldita sea! Pareces nada más que un autómata —gruñó Oln arrojando nervioso una herramienta contra el suelo.

Reg, cuyo carácter era un intermedio entre Egan y Oln, intervino conciliador:

—¿Por qué no dejáis de discutir? Tú, Oln. Acaba de una vez con esta tapa. Si tantas ganas tienes de largarte de ahí, demuéstralo.

Oln gruñó algo entre dientes mientras con un diminuto soplete cortaba la soldadura de la tapa.

Egan aprovechó para bajar la escalerilla y andar sobre el basalto. Su obsesión seguía siendo aquella extraña cúpula, a la cual se aproximó lentamente, con la mirada fija y los reflejos preparados.

Oln desde su posición en cuclillas sobre la nave lo vio y empezó a despotricar.

—Ahí va. ¡El jefe! ¡Maldita sea! ¿Y tú nunca te pones de mi parte, aunque en el fondo me des la razón?

—Eres demasiado impulsivo, Oln. Dudo que nunca llegues a jefe.

—¡Claro! Yo no sería un autómata. ¡Y sabría como tratar a los míos! El, sólo sirve para dar órdenes, y obedecer las que le dan por estúpidas que sean.

—¿Y no es así, como debe ser? —sonrió Reg.

—Yo no digo que...

—Estás nervioso, Oln. Todos estamos algo nerviosos. Cuando regreses y puedas descansar verás las cosas de otra manera.

—Eres muy flemático. Tus antepasados debían ser ingleses.

—¿Ingleses?

—Cuando el mundo se dividía en naciones y estados. ¿No has oído hablar de eso?

El grito de Egan cortó la conversación.

—¡Reg!

Se volvieron ambos. Egan debía de estar al otro lado de la cúpula porque no pudieron verle.

—¡Vamos, Reg! —gritó de nuevo el piloto.

El aludido se precipitó hacia la salida seguido de Oln.

—¡No! Tú no. Me llama sólo a mí. Sabes que uno debe quedarse en la nave.

—¡Otra vez con las malditas órdenes! —gruñó Oln.

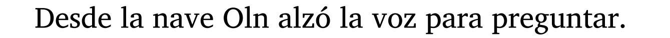
—Debe ser así, Oln. La nave no se puede abandonar. No te muevas.

Y Reg corrió sobre el piso desigual del planeta hasta llegar a la cúpula.

—¡Estoy aquí, Egan! —anunció Reg, y ahora corrió rodeando la cúpula para dar con el piloto, pero Egan no ! estaba.

Miró desconcertado a uno y otro lado y gritó.

—¡Egan! ¿Dónde diablos estás?


Desde la nave Oln alzó la voz para preguntar.

—¿Pasa algo, Reg?

—¡Todavía no lo sé!

La verdad es que Egan no aparecía, sin embargo tenía que estar allí. En alguna parte.

Oln iba ya a descender de la nave, cuando la voz de Egan sonó de nuevo.

Entonces Reg al volverse vio la cabeza de Egan a ras de suelo. Momentáneamente se asustó. Luego comprobó que el piloto surgía de un agujero oculto por los muchos desniveles del terreno.

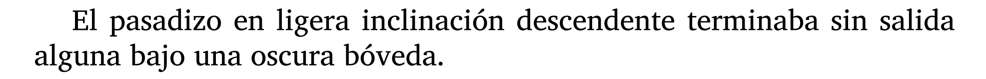
—¡Eh, Reg, acércate! Hay una gruta, y un pasadizo. Va directamente hacia la cúpula. ¿Llevas el transmisor?

—Claro —Reg estaba ya con él y podía ver como efectivamente, Egan estaba en la entrada de una pequeña grieta que permitía escasamente el paso de un cuerpo.

—Bien. Entra conmigo. Yo iré delante. Avisa a Oln que tardaremos un poco. Ya le iremos informando de lo que descubramos.

—¿Esperas descubrir algo? —sonrió Reg escéptico.

CAPITULO II



El pasadizo en ligera inclinación descendente terminaba sin salida alguna bajo una oscura bóveda.

—¡Estamos bajo la cúpula, Egan! —exclamó Reg enfocando la luz a su alrededor.

—Ya me he dado cuenta —repuso el piloto enfocando su foco hacia la base.

—Esto no tiene sentido. ¿Quién y por qué ha construido esto aquí?

—Esto es sólo parte de algo, Reg. Mira —y le indicó la base de la cúpula. Parecía haber sido cortado de cuajo y de forma irregular.

—Es como si alguien lo hubiera arrancado —musitó Reg—, Curioso.

—Esta cúpula formaba parte de un edificio. Un objeto debió chocar contra él, arrancando la parte superior.' Me gustaría saber de qué clase de material se compone.

—No creo que sea difícil. Empecé en la Técnica de las Aleaciones. Puedo ir en busca de los ácidos y hacer una prueba. ¿Crees que puede tener alguna importancia?

—Aún no lo sé.

—Quizá en este sitio hubo alguna civilización en épocas remotas. La verdad es que ni siquiera sabemos el nombre de este habitáculo.

—Se respira igual que en nuestro planeta. Es lógico que existiera vida.

—¡Y nuestros sabios sin descubrirlo!

Egan reseguía la base de la cúpula con su luz y observaba a su vez el suelo.

—Esto debió ser obra de un terremoto, Reg.

—¿Y cómo quedó la cúpula así? Emerge como una seta. No está abollada siquiera.

—¡Barro! —exclamó el piloto—. Barro que posteriormente se solidificó.

—Debe ser un barro muy especial. El basalto es otra cosa.

—No sabemos lo que pisamos, Reg. Este es un planeta desconocido. Por eso quiero tener todos los datos posibles. Luego repasaremos la ruta. Esto puede constituir un importante descubrimiento para nuestros científicos. Tendremos que dar gracias a la avería sufrida. Al menos el viaje no habrá resultado inútil.

—Llamaré a Oln que prepare el maletín de los ácidos. Seguro que estará ansioso por saber qué pasa. ¿Le digo que venga?

—No. La nave no puede quedarse sola. Esto tenedlo siempre presente. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Reg estableció comunicación:

—Bolsoi II, llamando a Nave. ¿Me escuchas, Iris?

Era la clave normal que se utilizaba para llamar entre sí, sólo que Iris —Oln— no contestó.

Reg insistió en la llamada con idénticos resultados.

—Sal a ver lo que ocurre, Reg.

—Espero que el transmisor no se haya estropeado también. Sería el colmo de las desdichas.

Y Reg, enfocando su luz para alumbrarse, ascendió por el corredor hacia la salida, mientras Egan seguía inspeccionando la base de la cúpula para terminar utilizando una pequeña piqueta neumática que sacó de su mochila de herramientas, y 'con ella trató de horadar el suelo.

La potencia de la diminuta herramienta nuclear taladró el duro piso pulverizando la piedra rojiza. Egan pensó que se necesitarían años para perforar aquello, aun utilizando material más adecuado.

Probó en otro sitio con idénticos resultados.

Cuando el zumbido de la pequeña perforadora que igualmente servía para otros usos hubo cesado, unos pasos a su espalda llamaron su atención.

Instintivamente se revolvió y enfocó la luz hacia la dirección de donde procedían los pasos.

—¡Eh! —gritó una voz al tiempo que alguien se cubría el rostro con la mano para no quedar deslumbrado.

Egan reconoció al recién llegado.

—¡Maldita sea, Oln! ¿Qué diablos haces aquí?

—Menudo susto me has dado...

—¿Quién te ha dado permiso para abandonar la nave?

—Bueno, a mí nadie me decía nada, y quería saber...

—¿Dónde estabas cuando te llamó Reg? —cortó Egan tajante.

—No lo sé.

—Sales y ni siquiera te llevas el transmisor. Vuelve a la nave y no la abandones pase lo que pase...

—Está bien —gruñó Oln de mala gana.

—¿Dónde está Reg?

—Yo qué sé.

—Has tenido que cruzarte con él.

—No me he cruzado con nadie. Creí que Reg estaba contigo.

—Se dirigía hacia la nave.

—Pues yo no le he visto.

—Muéstrame por dónde has entrado, Oln —espetó Egan.

CAPITULO III

Oln había hecho idéntico recorrido que sus dos compañeros, por lo tanto, por lógica, tenía que haberse cruzado con Reg, pero no había sido así, y Reg no aparecía por ninguna parte.

—¿Por qué no nos olvidamos de esto y tratamos entre todos de arreglar la nave, Egan? —inquirió Oln en la grieta que servía de comunicación con el subterráneo

—Vuelve a la nave. Tengo que encontrar a Reg.

El joven obedeció gruñendo algo entre dientes. Egan se volvió y llamó:

-¡Reg!

No obtuvo respuesta. Oln se volvió, iba a decir algo pero optó por cumplir la orden de su jefe, bastante malhumorado estaba ya.

Egan utilizó el transmisor.

—Osmos I, llamando a Bolsoi. Osmos I, llamando a Bolsoi. Contesta, Bolsoi.

Se escuchó un zumbido y por fin llegó la voz de Reg. —Lo siento, creo que me he caído —fue la respuesta. —¿Dónde demonios estás? —preguntó Egan.

—Eso quisiera saber yo. Parece un pozo. No lo sé. He perdido mi luz. Menos mal que el transmisor funciona. Esto está muy oscuro, no se ve nada.

—¿Estás bien?

—No me he roto nada, según creo, pero estoy magullado.

—Te sacaré de ahí. ¿Dónde está el agujero?

—Cerca de la entrada. Me desvié un poco. Me pareció que había otra grieta y cuando estaba a punto de alcanzarla me caí. Esto parece una trampa puesta adrede. Aquí abajo cuesta un poco respirar. Parece que hay gases pero no sé de dónde proceden.

—Voy para allá, Reg

Ayudado con su luz, Egan alumbró el camino hasta dar con un ensanchamiento. Al fondo, poniendo la máxima atención, podía apreciarse la grieta de que había hablado Reg. La primera,vez no se habían fijado demasiado, y ahora el piloto al avanzar buscaba en el suelo el agujero donde había caído su compañero.

En efecto. Ahí estaba. A escasa distancia de la grieta. Se lo comunicó a Reg.

—Ya lo tengo, Reg. Es una especie de pozo. Puedes oírme sin el transmisor, ¿verdad?

—Sí, te oigo. Ten cuidado.

Poco después, el rostro del piloto asomaba por el pozo. La luz le mostró a Reg a unos seis o siete metros de profundidad. Se hallaba sentado en el suelo.

—Voy a echar una cuerda. ¿Crees que podrás subir?

—Lo intentaré al menos. No me gustaría echar raíces aquí abajo. ¿Notas el olor a gas?

—Desde aquí no —repuso Egan.

—Mejor para ti. No es agradable.

Egan preparó la cuerda que había sacado de la mochila. Se la ató al cuerpo y echó abajo el otro cabo.

—¿Dispuesto ya, Reg? —preguntó el piloto.

El aludido iba a responder afirmativamente, pero algo llamó su atención.

—¡Espera! ¿Has oído lo mismo que yo?

Egan negó.

—No. No he oído nada.

—Ila sido un sonido como si alguien… —Se interrumpió y aguzó nuevamente el oído.

Aquella vez el sonido aunque tenue y lejano, llegó hasta Egan.

—Ahora sí...

— 13

—Es como si alguien se quejara.

Ya no volvió a escucharse y Reg trepó por la cuerda sostenida por su jefe.

—¿Qué te ha parecido esto, Egan? —preguntó Reg jadeante cuando hubo salido del pozo.

—No sé... Era un quejido.

—Como el lloro de un niño, ¿verdad? —preguntó Reg.

CAPITULO IV

Cuando los dos hombres asomaron a la superficie había oscurecido ya.

Egan consultó su reloj.

—Según esto —dijo—, deberíamos estar en pleno día.

—Aquí no existe el horario de la Tierra. Tampoco el Sol que vimos es el mismo.

—Mañana sabremos cuánto duran aquí los días.

—Me gustaría saber algo más de este sitio.

—Egan, sabes que jamás discuto tus órdenes, pero ahora que estamos solos... Escucha, nadie nos dio ninguna orden respecto a este sitio. Oln está cansado y yo también. Tú mismo lo estás. Ila sido un viaje duro. Hemos tenido percances. Cuando fuimos arrastrados por el torbellino espacial creo que no pensábamos salir con vida.

Egan le interrumpió para recordarle:

—Cuando aceptamos hacer este viaje, todos sabíamos que no iba a ser un paseo turístico precisamente.

—De acuerdo, pero...

—Tú y yo aceptamos el riesgo como un honor, y lo aceptamos voluntariamente. Oln quería presumir ante sus chicas. Es un buen técnico y lo admití porque vale, pero es demasiado quisquilloso, no quieras imitarle ahora tú también. Lo peor lo hemos pasado. Una vez arreglada la nave regresaremos a la Tierra. No creo que un día más importe ya demasiado.

—No, si no se piensa que llevamos dos años en el espacio. ¿O ya son tres?

—Exactamente no sabemos cuánto. Recuerda que los controles quedaron magnetizados cuando nos vimos envueltos en la vorágine. Pongamos que son algo más de dos años. ¿Te irías tranquilo de aquí sabiendo que quizá hay algo que pueda ser de interés?

—Podrían mandar otra nave.

—¿Y si alguien estuviera en peligro? Ese quejido que hemos oído... La verdad, Reg, empiezo a no creer que el detector estuviera averiado. La oscilación indicaba que había vida, y puede que la haya.

—¿Bajo tierra?

—Donde sea. Pero lo averiguaremos. Mañana. Esta noche intentaremos arreglar la nave para tenerla dispuesta. Espero que Oln haya conseguido localizar la avería del repetidor. Anda, vamos.

—¿Sabes, Egan? Tienes el extraño don de convencer a la gente. Verdaderamente regatear un día cuando se han perdido tantos...

Egan miró hacia la nave. La oscuridad era absoluta. No se veía absolutamente nada.

—Oln no ha puesto las luces de situación —murmuró Egan.

—La verdad es que no se ve nada.

—Siempre hay que estar recordándole las instrucciones. Se confía demasiado. Espero que algún día no tenga que arrepentirse.

—Es joven...

—¿Acaso tú y yo somos viejos?

—Después de un viaje así uno cree tener un siglo de existencia.

—Pues yo sólo tengo treinta años, contando de acuerdo con el planeta. En el espacio sería un recién nacido... No, Reg, la edad no tiene nada que ver con el sentido de la responsabilidad, y Oln...

Se interrumpió. Reg estaba enfocando la luz que había recogido del subterráneo después de haberla perdido. Buscaba la nave. Egan miró hacia el lugar donde enfocaba su compañero.

—No puede ser... —murmuró Reg—. ¿Nos habremos equivocado?

Egan tomó su luz y barrió la superficie en busca de la nave. Fue inútil. No estaba.

Había desaparecido.

CAPITULO V

Egan se cansó de lanzar mensajes a la nave. Instó a Oln a que contestara, pero resultó del todo inútil.

Reg se dejó caer sobre el suelo y quedó sentado.

—Se ha largado —murmuró.

—No debí haberme fiado de él.

—Dos años o los que sean le han sido suficientes para creerse lo bastante experto como para tripular él solo.

—No habrá tenido tiempo de arreglar la avería.

—Ahí tienes la prueba.

Egan llamó de nuevo, utilizando la clave.

—Osmos I, llamando a Iris. ¡Contesta, Iris! ¡Contesta! No podrás conducir tú solo esa nave. ¿Me escuchas, Iris?

—Es inútil, Egan. Quería volver. Estaba harto. Vio que no regresábamos y tomo la decisión. A menos que. .

—¡Maldita sea!

—A menos que haya querido hacer una prueba.

—¿Una prueba?

Y utilizando el mismo trasmísor, Egan captó el sonido de la nave.

—Está en vuelo, no cabe duda. ¿Por qué no contesta si se trata de una prueba?

Reg miró hacia el aire. La oscuridad total era taladrada por una luz brillante que oscilaba y se movía

Era la nave, sin duda. Y estaba lejos, muy lejos. Egan también lo comprendió así.

* * *

El romper del alba sorprendió a los dos hombres en el subterráneo, a cubierto del frío de la noche. Egan comprobó la hora y marcó el cronómetro.

—Ahora sabremos cuánto dura un día en este sitio —dijo mientras Reg se desperezaba.

Después tomaron sendas píldoras nutritivo-estimulantes y Reg indagó:

—¿Por dónde empezamos?

—Busquemos alguna otra cueva. Esto está lleno de cráteres. Debió ocurrir algo espantoso en este planeta. —Sacó la tierra del tubito donde la había metido después de extraerla y la mezcló con un líquido, la agitó enérgicamente y esperó a que se clarificara. Tomó un color ocre.

—Tierra mineral —murmuró Reg—. Como ésta la hay en nuestro planeta. Lástima que no pueda comprobar la clase de metal de la cúpula. Todos los instrumentos van ahí.

Sacó su mochila y pasó recuento de sus pertenencias. Cuatro aparatos distintos, una pequeña pistola, dos clases de píldoras y una cuerda. Volvió a cerrarlo todo y se situó al lado de Egan, caminando por en medio del irregular y duro suelo.

Se habían alejado cosa de un kilómetro sin encontrar agujero alguno. La superficie seguía siendo desigual, pero sin promontorio alguno. Las únicas montañas podían verse en el lejano horizonte.

—Es un planeta inmenso, no cabe duda.

—Y redondo —sonrió Reg bromeando.

Siguieron otro trecho en silencio hasta llegar a una hondonada.

—Mira esto. Parece como si antes hubiese sido una corriente de agua —dijo Reg.

Egan hizo notar que pudiera ser el cauce seco de un río. Desembocaba en un mar arenoso.

—Por lo menos todo no es igual.

— 19

—Deberíamos buscar un sitio para dormir. Aquí las noches son frías. Ya te habrás dado cuenta.

—Es posible que encontremos otro agujero. Es lo que estamos buscando, ¿no?

De nuevo el silencio reinó entre los dos compañeros. Ninguno de ellos parecía pensar en el futuro. No daba la impresión de que les inquietase la idea de hallarse solos en un lugar extraño, despoblado en apariencia y sin el menor rastro de vida. Excepto aquel quejido que ya no habían vuelto a oír.

—¡Allí! —señaló Reg con el índice de la mano derecha, y mostró otra brecha, algo mayor que se adentraba en el suelo.

—Ya te dije que encontraríamos algo —murmuró Egan.

Poco después los dos hombres se metían por el nuevo subterráneo. En aquellos momentos, en algún lugar la nave se posaba majestuosa sobre el suelo, pero ni Egan ni Reg pudieron verla porque ya estaban otra vez en el subsuelo del planeta.

CAPITULO VI

Egan y Reg llegaron a través de un ancho pasadizo a una galería de regulares dimensiones.

—El gas —hizo notar Reg—. Es el mismo que olí anoche cuando caí en el pozo.

—Sí, ya me he dado cuenta de ese olor.

—No es muy agradable.

—Desde luego que no.

Avanzaron hasta llegar a otro agujero por el cual se metieron para verse metidos en otra galería irregular. Egan hizo un descubrimiento.

—Mira esto.

Enormes puntales de material parecido al acero estaban inclinados aguantando parte de la techumbre.

—Esto parece unas ruinas —murmuró Reg.

—Lo son, sin duda. Estas galerías no han quedado destruidas. La tierra sepultó algo, dejando esos huecos.

—¿Una ciudad sepultada?

—Podría ser, Reg.

Fue entonces, cuando escucharon un quejido parecido al de la noche anterior.

Cuando el quejido se escuchó de nuevo, Reg indicó el fondo de la galería, y los dos hombres se pusieron acorrer hacia aquella dirección.

— ¡Ila salido de aquí! —exclamó Reg.

En la pared había un hueco en forma de nicho. Y algo se movía en su interior.

* * *

Sobre sus cabezas, en la superficie, también se estaba moviendo algo.

Un par de pies calzados con botas como las que portaban los astronautas se movían rápidas y seguras camino del agujero donde se hallaban Reg y Egan.

* * *

—¡Mira! ¿Qué es eso...?

En el nicho subterráneo una forma irregular rojiza y viscosa se arrastraba sobre cuatro diminutas patas. Debía tener unos cuarenta centímetros de longitud por veinte en su parte más ancha. No se apreciaba en la extraña forma nada que pudiese parecerse a ojos, o boca u órganos auditivos.

Sin embargo era algo vivo que olía ostensiblemente a aquel gas característico.

—¿Qué es eso? —repitió Reg.

—No lo sé... Pero vive. Se mueve.

La forma se detuvo. Estaba a la altura del pecho de los dos astronautas, pegada en el nicho. Se incorporó unos milímetros, para volver a su estado postrado.

El olor aumentó cuando otra forma de la misma naturaleza y tamaño apareció tras la primera.

De aquellos raros animales, de repelente aspecto surgió uno de aquellos gemidos lastimeros que con anterioridad habían llamado la atención de los dos hombres.

—Son ellos los que gritan —murmuró Reg.

—El detector no estaba estropeado. Indicó la existencia de vida. Y esto es vida... Aunque ignoremos qué clase de seres son éstos.

Tras los dos que habían surgido aparecieron otros, cinco, seis...

Descendieron del nicho y bajaron pegados

por la pared granítica quedando a los pies de los astronautas, muy cerca de ellos, rodeándoles.

—Son bichos asquerosos, repugnantes —murmuró Reg saltando por encima de los que tenía más cerca para evitar pisarlos.

—Sí, dan asco —asintió el piloto.

Las formas les siguieron de forma pasiva. Parecía gustarles la compañía de los dos forasteros.

—Ahí dentro debe de haber un nido completo —pensó Reg en voz alta.

—Tenemos que buscar un sitio para entrar —repuso Egan. ' —¿Crees que vale la pena?

Su compañero miró en derredor.

—Tal vez...

—No servirá de nada. Ni siquiera podemos llevarnos una muestra. No tenemos nave.

Egan señaló un punto de la galería.

—Veamos qué hay por allí.

Se dirigieron hacia donde los gruesos barrotes o vigas habían formado la bóveda de aquella galería. La pared formaba recovecos que quedaban invisibles en la oscuridad, pero la luz de Egan descubrió una grieta. Hizo un gesto a su compañero indicándole que le siguiera.

Mientras ellos desaparecían por la grieta, el propietario de aquel par de botas de astronauta se metía en el subterráneo.

Las formas viscosas de color rojizo emitieron constantes y prolongados quejidos.

Egan y su compañero avanzaban por el desigual camino subterráneo en constante descenso.

El ser con botas de astronauta, tras una leve vacilación pareció orientarse y siguió la misma ruta que los dos amigos.

CAPITULO VII

Egan y su compañero de vuelo habían llegado a una galería inferior. Allí el olor a gas era más fuerte pero también el aire parecía más húmedo.

Egan fue el primero en ver la "cosa" que se movía. Tenía el mismo aspecto rojizo y viscoso, pero su tamaño era como unas cinco veces superior a lo que habían visto anteriormente.

—Tienen vida —murmuró Egan—. Estos deben ser los adultos.

Calculando de acuerdo con el sistema métrico decimal, aquellas formas llegaban a los dos metros de largo, por la mitad de ancho. Con sus pequeñas, insignificantes patas se movían con cierta torpeza y emitían gruñidos ininteligibles.

—¿De qué deben alimentarse esos animales o... lo que sean? —preguntó Reg aun sabiendo que Egan no podía contestarle. ¿Cómo iba a saberlo?

También cabía preguntar a qué rara especie pertenecían. ¿Y cómo se alimentaban? ¿Y...?

—Son parecidos al color de la sangre —comentó Egan pasando su haz de luz por arriba y abajo de una de aquellas "formas".

—No tienen órganos. ¡Qué cosa más rara! —dijo Reg.

—Pero respiran... Observa.

En efecto, una de aquellas formas se hinchaba ligeramente como si aspirara aire, para volver luego a su posición, tras haberlo expulsado.

—Sería interesante poder analizar un bicho de éstos.

—Pero como esto era imposible, Egan volvió a tomar la delantera para seguir por aquellas lúgubres galerías que rezumaban humedad y olor a un extraño gas.

—Se parece al gas ozono que tenemos en nuestro planeta —cementó Reg.

—Es algo más fuerte de olor —repuso Egan.

Más adelante, en un lugar bastante profundo encontraron agua. En apariencia era una charca, pero podía oírse claramente un goteo continuo.

—Agua pura —murmuró Reg inclinándose.

—¡No la toques! —exclamó Egan previniéndole—. Podría estar contaminada.

—¡Si es agua cristalina!

—Aun así. Carecemos de medios para analizarla.

—Me hubiera bebido un buen trago.

—¿Tienes sed?

—De sobras sabes que con las malditas vitaminas uno nunca tiene ganas de nada, pero lo natural siempre atrae. ¿No te ocurre a ti lo mismo?

Reg tenía puesta la rodilla derecha en tierra observando la pureza del agua que permitía ver el fondo del mismo color que las paredes y el suelo de las galerías.

Egan iba a decir algo, cuando un ruido llamó su atención.

—¡Por allí! —indicó y movió la luz hacia el lugar donde había oído los pasos, pero no llegó a tiempo de ver qué cosa era la que se movía.

—¡Vamos! —añadió tomando la delantera.

Reg tropezó con algo. Enfocó la luz hacia el suelo y su rostro se llenó de asombro.

—¡Egan!

Tomó lo que había motivado su tropiezo. Era una astronave en miniatura. La mostró a su compañero que comentó:

—Es un prototipo muy antiguo. Es de los primeros que se fabricaron en la nueva Era.

—¡De nuestro planeta! ¿Cómo habrá venido a parar aquí?

—Vamos, Reg. Allí había alguien. Eso empieza a ser interesante.

—¿Tú crees?

—En este lugar no solamente viven esa clase de cosas de color sanguíneo. Hay algo más.Y si es lo que me figuro...

—¿Qué te figuras?

Egan no contestó en seguida. Corrió guiado por su propia luz a través de un ancho e irregular corredor hasta llegar a otra galería.

—Cada vez estamos más hundidos. No me gustaría quedarme aquí —sonrió Egan.

—Sí en algún lugar hay vida no es precisamente en la superficie... —Y buscó con su luz.

—¿Qué has querido decir antes?

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que te figurabas algo...

—Pensaba en los bólidos extraterrestres detectados en los últimos tiempos. El profesor Fox insistió mucho al afirmar que procedían de un planeta habitado que no podía determinar.

—Sí. Recuerdo que algunas personas aseguraron haber visto a seres extraños.

—Á algunos niños les desaparecieron juguetes. ¿Recuerdas esto?

—Bueno, los niños de nuestra época tienen la imaginación muy despierta. Prácticamente nacen hablando. La verdad es que nunca he hecho caso de los niños.

—¿Qué tienes en la mano, Reg?

—Un... juguete, claro.

—Los juguetes pertenecen a los niños, ¿no es así?

—Hummm... Según tú estamos en un planeta de ladrones de juguetes —sonrió Reg.

Egan iba a contestar pero la luz de su amigo había enfocado algo que le dejó silencioso.

—¡Allí! —exclamó.

—¿Dónde?

—En aquella abertura. —Y Reg enfocó su haz hacia el punto que indicaba.

—¿Qué has visto?

—Si no he soñado. He visto a un ser humano… Como nosotros.

—¿Seguro?

—Y tan seguro, Egan. Era… Era una mujer. ¡Una mujer! Iba desnuda.

Y ya sin decir más los dos hombres echaron a correr hacia el lugar donde Reg había visto meterse a la mujer.

CAPITULO VIII

Los corredores y galerías tenían formas caprichosas, irregulares, y la humedad era mayor a medida que iban descendiendo por el subterráneo.

Cruzaron otro charco de agua, y tuvieron que seguir su camino a través de un pequeño canal subterráneo de aguas absolutamente cristalinas.

No había recoveco alguno, por lo tanto la mujer a la que seguían sólo había podido huir en la misma dirección que ellos seguían.

Al fin llegaron a una bifurcación, pero un sonido les indicó el verdadero camino a seguir,

—¡Allí!

Pero el "allí" que exclamó Reg no conducía a ninguna parte.

—Aquí no hay salida —indicó Egan.

Volvieron atrás y metiéndose por un agujero pasaron a un corredor ascendente. Al dar la luz a una de las paredes, Reg observó una especie de tubo metálico incrustado.

Egan sacó su pequeño soplete nuclear y perforó los lados tratando de soltar el tubo aprisionado entre el basalto.

Por fin quedó un hueco suficiente para meter la mano. Reg palpó en el interior de la cavidad y murmuró:

—Esto continúa... Espera. Creo que hay un hueco.

Algo conmocionó la caverna subterránea. Las paredes temblaron ligeramente y de algún lugar se desprendió alguna roca.

El temor a un posible hundimiento se reflejó en los rostros de los astronautas.

—¡Cuidado! —exclamó Egan empujando a su amigo. Parte de la pared se les venía encima con gran estrépito.

El temblor continuó unos instantes y el pasadizo cambió de

fisonomía mientras gruesas porciones de rocas agrietadas se movían amenazando con sepultarles.

Parte del falso techo cayó, mientras Egan y Reg se habían parapetado en un hueco.

De algún lado se soltó una viga y se desplomaron nuevas rocas con un tremendo estrépito aumentado por una extraña resonancia.

Al fin todo volvió a la calma y los dos compañeros se hallaron ante una inmensa cavidad de suelo rocoso y abundantes desniveles.

Un sonido metálico resonó en la nueva galería, y el haz de luz de Reg enfocó el objeto que había producido el ruido.

—Es aquel tubo...

Egan trató de recogerlo, advirtiendo entonces que el sonido metálico había sido producido a consecuencia del suelo que pisaban. Allí no había rocas sino metal.

—Mira eso, Reg... La pared —indicó el piloto.

—Metal... —Y señaló los restos de un pupitre—. Parece...

—Una nave espacial, empotrada entre las rocas.

Egan dirigía la luz en busca de algún punto de referencia, y así dio con los restos de una inscripción, medio borrada. Una J. Luego letras ilegibles, algo que parecía una E y como final una R. Luego un número III.

—¿Te recuerda algo esto? —preguntó.

—J...E...R. III. ¡Juper III! ¡Recuerdo estas letras! Así salían las naves de la base general.

—¡Juper III! —repitió Egan—. Claro que recuerdo.

—Es una de nuestras naves. De la serie Juper. ¿Qué está haciendo aquí esta nave?

—¿Y el juguete que has encontrado, Reg?

—¡Cielos! ¿Qué puede significar todo esto, Egan? Voya volverme loco si no consigo hallar a alguien que me lo explique.

Quizá pronto hubiera tenido oportunidad de ver cumplidos sus deseos de no haber sido, por aquel temblor que cambió la decoración del subterráneo.

Sí. Porque momentos antes, el hombre que calzaba botas de astronauta y que venía siguiendo a los compañeros vio frenada su persecución a consecuencia del corrimiento de tierras. Ahora el dueño de aquel par de botas buscaba afanosamente el camino para proseguir.

Egan y Reg estaban muy próximos de un lugar del que surgía la luz exterior. Siguiendo por el sendero donde se hallaban se encontraron con una boca de salida.

—Ya estamos otra vez fuera —murmuró Egan.

—¡Qué raro! Hubiera jurado que había bajado muchos metros —repuso Reg.

—La superficie es irregular. Fíjate. Nos hallamos en una hondonada.

—O en un cráter.

—Es posible.

Desde el aire, vistos los dos hombres en medio del inmenso agujero, parecían seres insignificantes, animales atrapados en el centro de lo que bien podía ser un cráter, como acababa de decir Reg.

Llegaron al fin a la parte alta y cansados por el esfuerzo realizado y la caminata de horas se sentaron en el suelo. Egan consultó su reloj.

—Son ias doce del mediodía. ¡Y mira el sol!

—Es curioso. Se diría que estamos en nuestro Planeta. Es mediodía... ¿No es muy raro todo esto?

Egan no contestó. Mirando en derredor sus ojos acababan de descubrir algo que le llenó de asombro.

—¡Reg, mira!¡Nuestra nave! ¡Está aquí!

CAPITULO IX

Sí. La nave espacial con la que habían tomado forzoso contacto con el planeta, se hallaba a unos doscientos metros de donde ambos astronautas habían permanecido sentados.

Ahora Egan y Reg corrían hacia ella con la esperanza de encontrar a Oln.

—¡Me va a oír en cuanto me lo eche en cara! —exclamó Egan mientras corría hacia la nave.

—No seas demasiado duro con él. Después de todo nos ha dado ocasión de ver todas esas cosas raras.

Jadeantes por el esfuerzo llegaron al pie de la nave. La puerta estaba abierta, pero en el interior del vehículo espacial no había nadie.

—Era de suponer que saliera a dar una vueltecita —masculló Egan.

—Nos estará buscando.

—Mejor hubiera hecho en quedarse. —Y Egan salió y desde lo alto de la escalerilla ahuecó las manos y gritó—: ¡Oln! ¡Basta ya de jugar al escondite! ¡Vuelve!

Miró en derredor y sólo pudo ver aquel desagradable desierto.

—Se habrá metido en alguna de las grutas. Estaba muerto de curiosidad —recordó Reg.

Egan volvió a entrar y buscó un transmisor. No estaba.

—Bueno. Menos mal que se lo ha llevado. Podrá oírnos. —Y conectó su transmisor para llamar al compañero.

—¡Oln! —exclamó sin utilizar clave alguna—. Estamos en la nave. Regresa inmediatamente estés donde estés. Te esperamos. ¿Me oyes? ¡Contesta!

Pero la esperada respuesta no llegó y el piloto tuvo que repetir la orden.

—¿Has comprobado la frecuencia? —inquirió Reg.

—¡Claro que sí! Esto emite perfectamente. Oln tiene que oírme esté donde esté. —E insistió—: ¿Me has oído? ¡Contesta de una maldita vez!

Pero no llegó ni el más leve sonido.

—¿Me gustaría saber qué se propone? —rezongó.

Bajo con un maletín y lo entregó a Reg.

—Aquí están los ácidos para comprobar lo de los metales. En cuanto Oln regrese volveremos abajo. ¡Ah! Y hay que coger una de esas "formas" viscosas, la llevaremos con nosotros para que la examinen. Toma un saco de plástico para meterla.

Reg se incorporó para ir a cumplir el encargo, pero su mirada se detuvo al coincidir en un punto determinado cerca del cráter del que había salido.

Una mujer, de aspecto joven, sin ropa, estaba allí, en pie. Observándoles.

Egan también se había dado cuenta.

—¿Es la misma que viste en el subterráneo? —preguntó.

—No lo sé. Creo que sí —murmuró Reg.

—Nos está observando.

—Es raro que no huya —murmuró Reg.

—Tal vez lo hará si nos movemos.

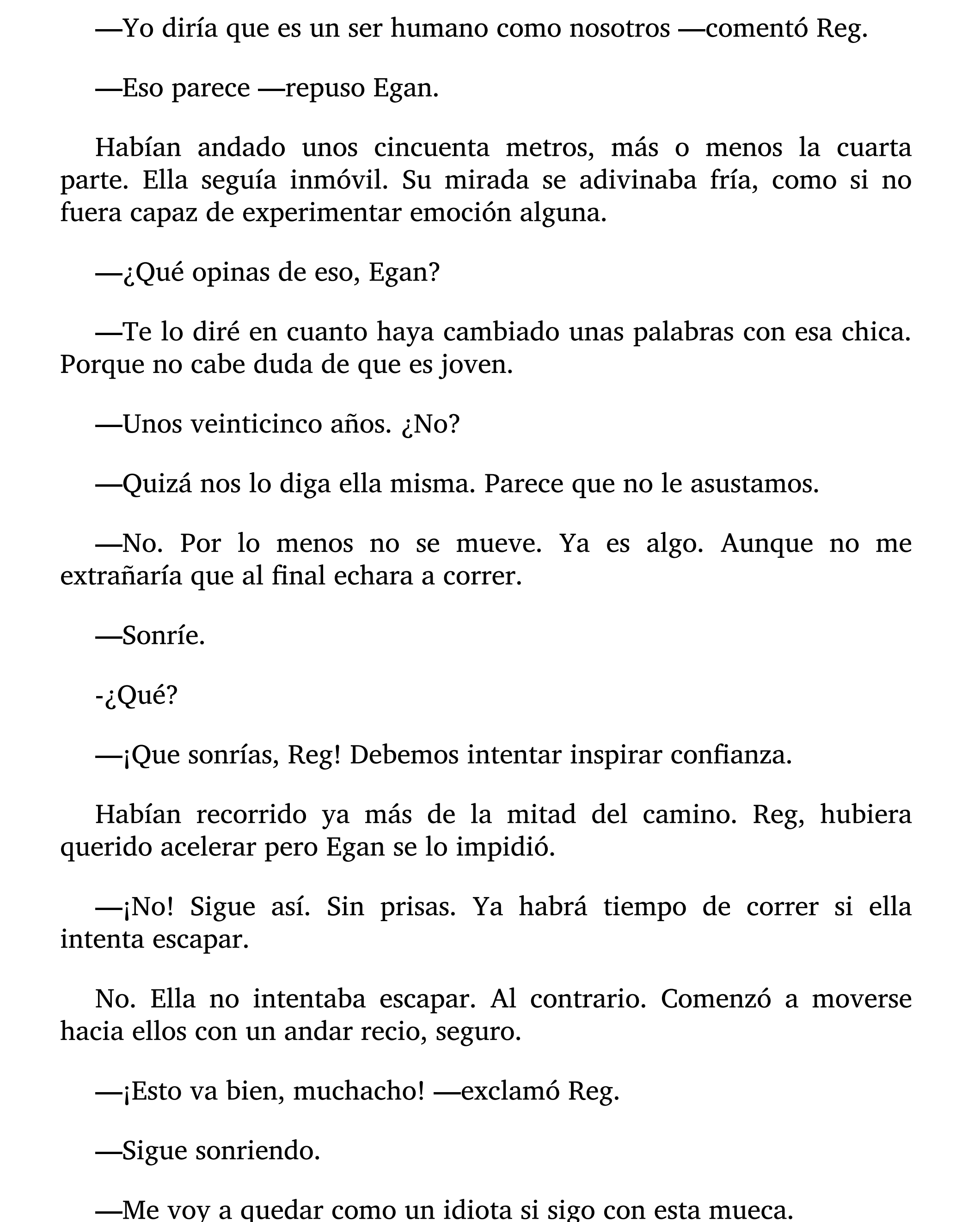
—Debemos intentarlo. ¿No?

—Desde luego. Vamos.

Bajaron los dos lentamente y el piloto jefe recomendó :

—Despacio. No conviene asustarla. Intentaremos decirle que no somos sus enemigos.

Caminaron en silencio aproximándose a la muchacha que permanecía en pie, inmóvil.



—Yo diría que es un ser humano como nosotros —comentó Reg.

—Eso parece —repuso Egan.

Habían andado unos cincuenta metros, más o menos la cuarta parte. Ella seguía inmóvil. Su mirada se adivinaba fría, como si no fuera capaz de experimentar emoción alguna.

—¿Qué opinas de eso, Egan?

—Te lo diré en cuanto haya cambiado unas palabras con esa chica. Porque no cabe duda de que es joven.

—Unos veinticinco años. ¿No?

—Quizá nos lo diga ella misma. Parece que no le asustamos.

—No. Por lo menos no se mueve. Ya es algo. Aunque no me extrañaría que al final echara a correr.

—Sonríe.

-¿Qué?

—¡Que sonrías, Reg! Debemos intentar inspirar confianza.

Habían recorrido ya más de la mitad del camino. Reg, hubiera querido acelerar pero Egan se lo impidió.

—¡No! Sigue así. Sin prisas. Ya habrá tiempo de correr si ella intenta escapar.

No. Ella no intentaba escapar. Al contrario. Comenzó a moverse hacia ellos con un andar recio, seguro.

—¡Esto va bien, muchacho! —exclamó Reg.

—Sigue sonriendo.

—Me voy a quedar como un idiota si sigo con esta mueca.

—Porque no sabes sonreír —repuso Egan con firmeza.

—Será porque tú debes tener muchas ganas.

—Hay que hacer lo que convenga a cada momento. —Y Egan a pesar de la frialdad de su rostro y de la dureza de su facciones,

demostró que podía sonreír con toda naturalidad.

Pero no hacía falta. La muchacha estaba ya muy cerca y no demostraba el menor temor hacia ellos.

CAPITULO X

—Soy el piloto jefe Egan. Mi ayudante y mayordomo de la nave Reg —presentó el propio Egan—. Supongo que no entenderá mis palabras. Tengo el código espacial. Espere. Se lo traduciré...

—No se moleste —atajó la muchacha—. Comprendo perfectamente su idioma. Y lo hablo muy bien. Somos todos del mismo sitio. ¿No?

—¿Usted es del planeta Tierra? —Reg no podía creerlo.

—Sí. Y no estoy sola precisamente. He venido a advertirles. Corren un grave peligro. No debieran haber venido. Pero ahora ya están aquí.

—Pensábamos irnos con la nave, en cuanto regresara nuestro compañero —explicó Reg.

—No esperen a su amigo. Es inútil —repuso ella sin ninguna emoción en su voz.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Egan. Con el mismo acento automático la muchacha respondió :

—Su compañero está muerto.

Los dos hombres cambiaron una rápida mirada entre sí.

—¿Cómo lo sabe? —La pregunta la hizo Egan aunque Reg estaba igualmente impaciente por conocer la respuesta.

La muchacha no fue muy explícita.

—Lo sé y basta.

—No. No basta. Usted ha hablado de peligros. Nosacaba de decir que nuestro compañero ha muerto. ¿Cree que voy a conformarme con esto?

Egan empleaba otra vez un tono duro, enérgico.

La muchacha se encogió de hombros.

—Yo, les he advertido. Hicieron mal en llegar hasta aquí. Muy mal. Ahora si no quieren que les ayude.

—¿Ayudarnos usted...? —Reg no acababa de comprender.

—Aquí no van a vivir mucho. Hasta ahora han tenido suerte. Mucha suerte.

—Escuche, escuche bien... —Egan trataba de buscar las palabras—. Estamos aquí por una avería que ya se ha subsanado. Podemos irnos en cuanto nos plazca, pero quiero que sepa que somos gente de paz y quienquiera que habite este planeta no debe temer ninguna invasión por nuestra parte. Lo único que pretendíamos ahora era recoger unas muestras, y llevarnos a uno de esos extraños animales que andan sueltos por los subterráneos. Supongo que sabe a lo que me refiero.

La muchacha afirmó pasivamente. Una vez más, no mostró la menor emoción. Era difícil adivinar lo que pensaba.

A Reg se le ocurrió preguntar:

—¿Cómo se llama usted?

Tras un silencio la muchacha respondió:

—Inda. ¿Por qué quiere saberlo?

—Bueno. Usted sabe nuestros nombres.

—Inda —adujo Egan—. ¿Sabe dónde está Oln? Es nuestro compañero.

—Ya se lo he dicho.

—De acuerdo. Pero vivo o muerto quiero verlo. ¿Sabe usted dónde está?

—Ya no está. Ila desaparecido.

—¡Pero cómo diablos puede desaparecer una persona! ¡Inda, me está sacando usted de mis casillas! Lo siento. Quisiera ser amable con usted. Incluso pensé que podía necesitar ayuda. Antes la vimos correr.

—Yo también quiero conservar la vida. No es fácil conservarla en este lugar.

—¿Qué nombre tiene este planeta? —terció Reg.

—No lo sé.

—¡Que no sabe en qué lugar vive! —exclamó Egan.

—Un momento —atajó Reg—. Ella habla como nosotros. Antes dijo que procedía del mismo sitio… ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Me trajeron, después de la invasión.

Otra mirada rápida entre Reg y Egan para que este último soltara:

—¿Invasión? ¿De qué invasión está hablando?

—No se han enterado. Es lógico.

—¿Quiere decir que la Tierra ha sido invadida? —preguntó Reg.

—Sí.

—No puede ser… No es posible. ¿De dónde ha sacado…?

Pero Egan fue interrumpido por la propia muchacha:

—Seguramente ustedes han perdido la noción del tiempo. Hace años. Muchos años. La Tierra fue invadida. Fue todo muy rápido. Muchos fuimos secuestrados y llevados a este sitio.

Egan miró por primera vez los ojos de la muchacha. Los miró intensamente tratando de adivinar qué se escondía tras aquella expresión de autómata. Pensó que su actitud podía significar tristeza, amargura o tal vez resignación ante un hecho irremediable. Por eso le preguntó:

—¿Qué le pasa a usted, Inda? —Y ella pareció no comprender la pregunta. Egan no insistió—. Bien —añadió—. Tendré que comprobar todo lo que me ha dicho.

—Es inútil. Si trata de comunicar con la Tierra no hallará ninguna respuesta. Además, es mejor que no lo haga. Si vuelve a subir a la nave su riesgo será mucho mayor.

—Esta nave es totalmente hermética. Como compatriota nuestra debe saber que las últimas naves fueron fabricadas a prueba de rayos láser. ¿Acaso tienen armas más poderosas en este planeta?

Y como Inda guardaba silencio, Reg preguntó a su vez:

—¿Cómo son los habitantes de este lugar, Inda? Si corremos el riesgo de tener que enfrentarnos con ellos debemos saberlo. ¿No?

Inda seguía silenciosa.

—¡Vamos, muchacha! Somos compatriotas… ¿O es que acaso tú estás de su parte?

Inda miró inexpresivamente a los dos hombres de forma alternativa.

—No estarás en contra nuestra, ¿verdad? —inquirió Egan mirándola a los ojos.

—Vamos —insistió Reg—. ¿Cómo son esos seres a los que debemos temer?

—Ya los han visto —repuso por fin ella.

—¿Qué? —la pregunta brotó de los dos hombres.

—Ya los han visto ustedes —ratificó ella.

—No hemos visto… —Reg iba a decir que no habían visto nada, pero rectificó y sin poder contener su asombro, preguntó—: ¿No te estarás refiriendo a esas formas encarnadas y viscosas que se pasean por el subterráneo?

—Sí. Me refiero a eso que ustedes dicen —fue la fría aclaración de Inda.

CAPITULO XI

—¡Alguien ha manipulado esto! —exclamó Egan tras comprobar los mandos.

—Oln... —empezó Reg.

—Oln no hubiera forzado nunca el mando B. Puede ser un inconsciente que sólo piense en chicas, pero tiene buenas manos. Ser indisciplinado no es lo mismo que ser un chapucero. Y el que ha tocado esto es un chapucero.

—Pero ¿funciona?

—Supongo que sí. Ahora lo importante es tratar de establecer contacto.

—Sabes que estaba estropeado, Egan.

—¡Maldita sea! Se me había olvidado. Con todo este asunto mi cabeza no cesa de dar vueltas...

Reg indicó con un ademán que Inda seguía abajo, al lado de la nave.

Egan asomó y espetó:

—Esas formas viscosas y repugnantes no pueden manipular una nave. ¡Aquí tiene que haber alguien más!

—Están en peligro. Se lo he dicho. Si quieren que les ayude, síganme —fue la rápida respuesta de la muchacha.

—Quizá deberíamos hacerle caso. Parece muy segura —murmuró Reg tras un silencio.

—Sí. No perdemos hada. Además, diga lo que diga ella, yo no pienso irme sin haber encontrado a Oln.

—Sí. A mí también me gustaría dar con él. Es tan extraño todo esto...

Salieron de la nave. Egan manipuló un control remoto para cerrar la puerta.

—¿Ves? —dijo a Inda—. Nadie podrá subir a ella, ni tocarla.

La muchacha tomó la delantera sin responder al comentario del piloto.

Buena conocedora del camino les guio hasta una de las entradas del subterráneo.

—¿Sabes lo que ocurrió en este planeta? —le preguntó Egan que la seguía inmediatamente detrás.

—¿A qué se refiere?

—Pues al terremoto, o a lo que sea. Hay restos sepultados entre el basalto. Y restos de una nave nuestra.

—¡Y un juguete! —recordó Reg pensando en la nave en miniatura que había encontrado.

Pensando en lo mismo, Egan, se dijo que el hallazgo de aquel juguete corroboraba en parte la explicación del secuestro que les había dado Inda.

Un secuestro en el que se llevaron incluso a los niños, sin embargo había algo que no concordaba demasiado y Egan lo expuso.

—No pudieron seresas formas las que os llevaron hasta aquí... Tuvieron que emplear naves y alguien tenía que manejarlas. Esas "cosas" repelentes no tienen extremidades, ni órganos...

Pero Inda no contestó. Seguía delante guiada por la luz del haz que proyectaba el pequeño aparato-foco portátil de Egan.

—Nos secuestraron —dijo al cabo de un largo silencio—. No sé cómo sucedió. Todo fue muy rápido. Yo me desperté aquí. No sé nada más.

—Pero sí debes saber si hay algún otro compatriota en el planeta.

—Sí lo hay. Pero van quedando pocos.

—¿Desaparecen...?

—Sí.

—¿No tenéis un escondrijo? —preguntó Reg.

—Sí. Lo tenemos —Y seguidamente indicó un agujero por el que difícilmente pasaba un cuerpo—. ¡Por aquí!

Ella pasó primero con gran agilidad. Reg se volvió hacia su compañero y murmuró:

—Si ella ha podido nosotros también. ¿Eh?

—¡Adelante! —repuso Egan.

Reg pasó primero mientras el piloto enfocaba su luz hacia atrás observando el último trecho de camino subterráneo recorrido.

Cuando su compañero había traspuesto el agujero, Egan le siguió:

—¡Eh, Inda! —le oyó gritar—. ¿Dónde diablos…?

Egan saltó al otro lado tras aguantar el equilibrio. Casi en seguida volvió a escuchar a Reg en un grito de advertencia:

—¡Cuidado, Egan!

Egan enfocó su luz hacia el compañero en el instante en que éste era golpeado con una vara contundente por dos sombras que no pudo apreciar porque a su espalda se movía alguien. Se volvió instintivamente, pero era ya demasiado tarde porque él acababa de ser golpeado a su vez.

Ambos astronautas perdieron la noción de la realidad.

CAPITULO XII

Egan fue el primero en despertar. Quiso moverse, pero se encontró con las manos atadas con una cuerda o liana, que a su vez estaba fuertemente sujeta a una viga vertical.

Una débil luz se filtraba por alguna parte, y así pudo ver atado como él a su compañero Reg.

—¡Eh! —intentó despertarle, pero el amigo seguía inconsciente y estaban demasiado lejos el uno del otro para poder aproximarse. La cuerda que le mantenía sujeto a la viga era demasiado corta—. ¡Reg! —volvió a llamar inútilmente. Después mirando a su entorno observó que le habían quitado su mochila donde llevaba sus pertenencias para casos de emergencia—. ¿Quién diablos...? —empezó.

Pensó en Inda. Era ella la que les había conducido hasta aquella encerrona.

No tuvo tiempo de cavilar más porque Reg empezaba a removerse.

—¡Eh, Reg!

El aludido se sentó en el suelo y de forma instintiva iba a acariciarse la nuca cuando advirtió que estaba atado.

—¿Dónde diablos estamos?

La débil luz se hizo más fuerte. Alguien avanzaba alumbrándose con las propias linternas-foco que les habían quitado.

El deslumbramiento impedía a los dos hombres ver las formas que portaban las linternas.

Una voz de timbre femenino pronunció unas palabras en un idioma extraño.

Otra voz replicó algo que ni Egan ni su compañero pudieron entender. También era una voz femenina.

Luego se produjo un rumor de frases pronunciadas en aquel raro lenguaje.

Todo parecían mujeres.

Eran mujeres.

Mujeres que al igual que Inda no llevaban ninguna ropa. Tenían largos cabellos y una belleza salvaje en el más amplio sentido de la palabra.

Ahora habían apoyado las luces de modo que enfocaran el techo produciendo una especie de iluminación indirecta.

Cuatro de aquéllas se aproximaron a Reg con intención de desatarlo.

—Menos mal… —dijo el ayudante de Egan.

Este vio como también le tocaba el turno a él. Otras cuatro féminas se aproximaron para quitarle las cuerdas.

—¿Dónde está Inda? —preguntó.

Las mujeres con la misma mirada fría de la muchacha por la que Egan preguntaba se miraron entre sí.

—¡Óiganme! Ella sabe que no tenemos ninguna intención de hacerles daño. ¿Por qué nos han atacado?

—Las explicaciones luego —dijo una muchacha de aspecto majestuoso que observaba a las otras mientras desataban a los prisioneros.

Egan pensó que aquella mujer por sus trazas venía a ser algo así como la jefe de las demás.

Cuando Egan se vio libre se frotó las muñecas resentidas por la fuerza con que habían sido atadas.

—Sigan adelante —les indicó la mujer que había hablado antes.

—¿Eres tú la que manda aquí? —preguntó el piloto.

—Las explicaciones luego —repitió ella.

—¿No sabes decir otra cosa? Oye, te advierto que mi amigo y yo no solemos enfrentarnos con mujeres, perosi es necesario haremos una excepción. Así que… será mejor que nos digas ahora qué te propones.

Por toda respuesta la mujer sacó una pequeña arma. Una pistola. Egan pensó que podía ser la suya o acaso la de Reg.

—Utilizas nuestras armas, ¿eh?

No hubo respuesta, pero un gesto enérgico invitó a los dos hombres a seguir adelante sin más palabras.

Reg murmuró:

—Veremos cómo acaba esto. Pero...

—Es mejor no hacer tonterías —repuso Egan en voz baja—. Parece que se lo toman demasiado en serio.

—Lo curioso es que conocen y hablan nuestro idioma, pero entre ellas se entienden con otro.

—Espero que lleguemos a saber lo que ocurre realmente aquí —replicó Egan mientras iba caminando escoltado por las mujeres. En conjunto eran unas diez, incluida la que parecía asumir el mando.

Les llevaron hasta una galería, cuyas paredes y techo estaban revestidas de laminado. Había puertas, dos. En la estancia podían verse varias piedras en forma de taburetes o asientos ocupados por otras chicas relativamente jóvenes.

Al fondo una mesa también de piedra y unos aparatos. Egan reconoció sus utensilios y los de su amigo. En el suelo estaban tiradas sus mochilas.

La jefa pasó detrás de la mesa y se sentó. Con un leve gesto indicó a las otras que siguieran.

La comitiva se dirigió hacia una de las dos puertas. Reg fue introducido a la sala contigua, mientras Egan quedaba custodiado por las otras.

—¡Eh! ¿Por qué nos separan? ¿Qué significa esto? —inquirió.

Dio un paso adelante pero una de las muchachas frenó los deseos del piloto esgrimiendo una pistola.

Volviéndose hacia la jefa que a su vez tenía la otra pistola espetó:

—Creo que ya es hora de que empieces a dar explicaciones. ¿No?

Silencio.

—¡Quiero hablar con Inda! Ella nos trajo hasta aquí.

—No tienes que hablar con nadie —repuso la jefa con voz fría y autoritaria.

Fue entonces cuando de la otra estancia surgió un grito de pavor.

Un grito terrible emitido por Reg.

CAPITULO XIII

—¡Nooo!

El piloto, despreciando el peligro que significaban las armas que le estaban encañonando, se precipitó hacia la puerta. Delante suyo tenía a la mujer armada, pero la empujócon todas sus fuerzas derribándola encima de otra.

Hubo un momento de confusión que Egan aprovechó para abrir la otra puerta.

—¡A él! —dijo la jefa.

Egan había traspuesto el umbral y vio como Reg se debatía, luchaba para impedir que le ataran.

Egan saltó sobre las dos mujeres que tenía más próximas y las derribó.

Otras dos se le echaron encima, mientras una tercera se aproximaba blandiendo una barra metálica.

Sin miramientos de ninguna clase Egan soltó un tremendo puñetazo en el mentón de una de las muchachas y esquivó el golpe que iba a propinarle la de la barra metálica, de tal suerte que el impacto lo recibió otra enemiga que al recibir el castigo en la cabeza cayó desplomada.

Egan no había tenido tiempo de contar la cantidad de enemigos que tenía ante sí, pero eran por lo menos una veintena.

Y otras tres trataban de acorralarle armadas igualmente con aquellos palos metálicos de distintos tamaños.

Reg pudo deshacerse de las que pretendían atarle y se sumó a la lucha.

La puerta se abrió de pronto y apareció la jefa armada.

—¡Quietos! —ordenó.

Por toda respuesta Egan le mandó a una de las chicas a la que había propinado un soberbio gancho.

La jefa tuvo que apartarse, al tiempo que disparaba.

—¡Cuidado! —gritó Reg, cuando ya un rayo surgía de la pistola.

El fuego hizo blanco en una de las muchachas que lanzó un grito para quedar paralizada y caer al suelo de donde ya no podría volver a levantarse.

La muerte de la compañera paralizó a las demás. Los dos hombres quedaron solos en medio de la estancia, mientras la jefa esgrimía con frialdad y odio la pistola y avanzaba. Avanzaba hacia los dos con una dureza indescriptible en su mirada.

Reg pensó que de un momento a otro iba a disparar y murmuró:

—Quizá sea mejor esto, Egan...

El piloto guardó silencio. Nada podía hacer. Estaba a merced de aquella hembra silenciosa que seguía caminando con la seguridad de quien se sabe en pleno dominio de una situación.

Las otras chicas se habían arrodillado en torno a la muchacha que acababa de ser fulminada.

Entonces, detrás de la mujer armada, apareció Inda.

—Me gustaría acabar con vosotros ahora mismo —espetó la jefa.

Inda pronunció unas palabras en un idioma extraño.

La jefa respondió con algo que Egan no podía comprender.

—*NiegZret. Eglag.*

Inda insistió y al cabo de un silencio que a los dos hombres les pareció eterno, la jefa pareció calmarse. Se volvió hacia Inda y le dijo algo en aquel extraño lenguaje.

Egan dirigiéndose a la única persona que conocía preguntó:

—Espero que nos digas qué ocurre aquí. Tú nos trajiste a esta trampa.

—¡Silencio! —repuso la jefa con una llamarada de odio en su faz.

Inda no contestó la pregunta de Egan, pero sí continuó hablando con la del revólver.

Por fin ésta se volvió y dijo unas palabras a las otras que a oídos de los dos hombres sonaron como una orden.

Las muchachas se pusieron en pie. Luego la jefa, en el idioma de los astronautas, les previno.

—Van a atarles las piernas y los brazos. Si se resisten les mataré. ¿Lo entienden?

—¡Qué manía de atar a la gente! —espetó Reg—. ¿Por qué diablos quieren atarnos? ¿Para cortarnos la cabeza?

Hizo una seña a su compañero indicando una especie de armario que había en la pared opuesta.

Egan apenas había tenido tiempo de fijarse en lo que había en la habitación.

Ahora sí. Ahora observó, aquellos ganchos en una pared rocosa y manchas. Manchas rojizas. Manchas de sangre que no presagiaban nada bueno.

Siguió recorriendo la sala y observó algunos de aquellos taburetes pétreos. Y una mesa, también de piedra, una mesa con manchas rojas.

Luego la especie de armario con la puerta entornada.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó.

Por toda respuesta las muchachas les rodearon. Egan se volvió hacia la jefa. Observó que otra muchacha armada había penetrado en la estancia y recordó la amenaza. Si intentaban resistirse les matarían.

—Moriremos de todos modos —dijo Reg.

CAPITULO XIV

—¿Qué hay dentro de ese armario? —insistió Egan con energía.

La jefa hizo una señal y una muchacha fue a abrir la puerta del armario.

Reg respiraba trabajosamente y antes de que la chica abriera la puerta volvió el rostro.

Por fin, cuando quedó al descubierto el secreto del armario, Egan comprendió el porqué del grito de su amigo.

Los ojos del piloto se dilataron hasta amenazar con saltarle de las cuencas. También tuvo que contenerse para no lanzar el grito que pugnaba por salir horrorizado de su garganta. Una impresión como jamás había sentido se apoderó de todo su ser.

En un estante de aquella especie de armario, había...

Había una cabeza.

Una cabeza humana limpiamente cortada. La cabeza de su compañero Oln.

—No... —susurró lívido. Y luego sí gritó con tejas sus fuerzas—: ¡No! ¿Qué clase de bestias salvajes sois vosotras...? ¿Qué malditas alimañas os trajeron al mundo? ¡Cielos! Pero... ¿Cómo es posible? ¿Qué daño os había hecho Oln?

Cambió una mirada con Reg y volvió los ojos otra vez hacia el macabro espectáculo.

—¿Por qué? ¿Por qué? —repitió una y otra vez.

En aquellos momentos ya no volvía a pensar en elpeligro que representaban las dos armas que les apuntaban. Y hubiera arremetido contra todas aquellas mujeres si un objeto pesado y contundente no le hubiese noqueado por segunda vez.

—¡Egan! —gritó su compañero, pero él también recibió el golpe que le hizo perder la conciencia.

Lo que siguió a continuación fue llevado a cabo con gran agilidad

por parte de las chicas.

Los dos astronautas fueron despojados de las ropas y atados a los ganchos de la pared, con los brazos y las piernas completamente separados.

Cuando esta operación preliminar hubo concluido, la jefa dio unas instrucciones en su lenguaje y un par de muchachas salieron a cumplir las órdenes.

La orden consistía en salir de la sala principal y pasar a la otra estancia. Allí en un estante podían verse diversos objetos cortantes, muy afilados.

Cada una de ellas se apropió de una especie de estilete de largas dimensiones.

Cada una, con el estilete en la boca, se aproximó junto a la pared y entre ambas separaron una especie de lápida pétrea de menor peso del que aparentaba, aparecieron parte de los dos hombres atados en la habitación anterior; desde la cabeza hasta los hombros.

A continuación las dos hembras manipularon una clase de toberas en ancha embocadura que terminaban en un recipiente de notables dimensiones.

En algún lugar de la habitación, un barreño lleno de una materia espesa estaba hirviendo. Más allá, en otro barreño, hervía un líquido rojizo.

A través del agujero una de las muchachas hizo oír suvoz, y a pesar del lenguaje cualquiera hubiera podido traducir:

—Todo preparado.

Ambas subidas a una piedra tenían los estiletes a punto de ser utilizados. Evidentemente se proponían practicar sendas incisiones a los prisioneros.

Alguien hubiera podido pensar que aquellas toberas, cual enormes venas, serían las encargadas de transportar la sangre de cada uno de aquellos hombres hasta el gran recipiente en ebullición.

Sí. Era fácil imaginar que ambos iban a ser degollados. Ni más ni menos que degollados.

La inconsciencia de los dos astronautas les impedía por lo menos ser testigos de los tétricos preparativos de su propia muerte.

Tampoco pudieron oír los golpes de alguien que había cortado limpiamente parte de la cabeza de Oln para extraer de ella el cerebro de quien ya no podía necesitarlo.

Sí. Estaba todo listo para proceder a la degollación, sin qué todo aquello tuviera la sublimación de un rito.

Parecía como si todo consistiese en realizar un trabajo, de forma fría y mecánica. Una cosa a la que ya se está acostumbrado a realizar.

A las dos muchachas convertidas en verdugo sólo les faltaba la orden de la jefa. La orden de ejecución.

Egan y Reg seguían inmóviles, inconscientes, con la cabeza colgando a un lado. Si se mantenían erguidos era gracias a las cuerdas que les sujetaban muñecas y tobillos.

La jefa miró hacia lo alto. Había en el techo unos cuantos agujeros que comunicaban con el exterior porque por ellos penetraba la luz que les permitía ver sin necesidad de usar medios artificiales.

Por fin, la mujer pronunció una palabra. Venía a ser como la orden que las dos verdugos estaban aguardando.

CAPITULO XV

Cuando los estiletes iban a penetrar en el cuello de .las respectivas víctimas se produjo un pequeño ruido tras las dos muchachas.

Instintivamente ambas se volvieron.

Un rayo fulminó a una de las mujeres que cayó al suelo sin tiempo para poder gritar.

Tampoco la otra tuvo ocasión de expresar su terror ante la muerte porque un segundo rayo la paralizó instantáneamente derribándola para siempre.

Ni Egan ni Reg podían saber, de momento, quién era la persona que acababa de intervenir tan oportunamente en su favor.

Quizá se hubieran sorprendido —si es que aún conservaban la capacidad de sorprenderse por algo—, de ver que su providencial salvador, era... una de aquellas muchachas. Justamente la que empuñaba una pistola. La que antes había empujado Egan para precipitarse hacia la habitación.

Y ahora la muchacha aproximándose al agujero pronunció unas palabras, que en el código espacial hubieran podido traducirse:

—¡Marka, ven!

Marka era la jefa, puesto que se limitó a responder algo como:

—Ya.

La salvadora de los dos astronautas se colocó a un lado de la puerta con la mano armada en alto.

Esperó.

La llamada Marka cruzó el umbral de la puerta. El brazo de la muchacha descendió rápidamente y el cañón del arma chocó contra la cabeza de la jefa que se desplomó sin perder por completo el sentido. Intentó incorporarse, pero la joven le soltó una patada.

Marka en su lenguaje dijo:

—¡Eres una traidora, Ila! ¡Lo pagarás caro!

Pero Ila le golpeó brutalmente los senos, arrancando gritos de dolor a la jefa, a la que con un definitivo golpe con la pistola dejó sin sentido.

El arma de Marka había quedado en el suelo. Ila se apoderó de ella y salió para dirigirse a la habitación contigua.

Empuñando las dos pistolas ordenó a las que hasta entonces habían sido sus compañeras:

—Soltad a los prisioneros. ¡De prisa?

Le hicieron algunas preguntas, pero Ila replicó con energía.

—Haced lo que os digo o acabaré con todas vosotras.

Y ante la duda tuvo que disparar un rayo sin apuntar a ninguna, para convencerlas de que no bromeaba.

Alguna soltó el nombre de Urka, pero en seguida se apresuraron a obedecer a la muchacha armada.

Ya libres, y de acuerdo con sus órdenes, los hombres fueron despertados por el procedimiento más elemental, un barreño de agua al rostro.

Egan tardó varios segundos en hacerse a la idea de que habían vuelto a la consciencia.

—De prisa —dijo Ila—. Tenemos que salir de aquí.

—¡Vaya! ¿De qué lado está usted? —preguntó el piloto con ironía.

—No haga preguntas ahora. ¡Vamonos!

Los dos astronautas pudieron ver a las otras muchachas mantenidas a raya por las armas de Ila que las entregó diciendo:

—¡Tómenlas! Son suyas. —Teníamos más cosas —recordó Reg. —Recójanlas, pero de prisa. ¡Y cuidado con ellas! Cada una de las muchachas se había armado con barras metálicas que no utilizaban por el miedo de las armas, pero evidentemente permanecían a la expectativa.

Los dos astronautas y la chica retrocedieron hacia la puerta. Ahora

era Reg quien cuidaba de mantener a raya a las otras.

—Yo me encargo de ellas —dijo el piloto—. Tú recoge lo nuestro.

Reg corrió a la mesa de la jefa Marka, y Egan siguió encañonando a las mujeres.

—¡A propósito! ¿Dónde está la marimandona?

—La he golpeado. Está ahí, sin sentido —repuso Ila—. Tenemos que darnos prisa. Ellas irán a avisar a Urka.

—¿Urka? ¿Quién es Urka? —preguntó Egan.

—¡Ya está! —exclamó Reg que había cargado con las dos pequeñas mochilas.

—¡Por aquí! —indicó Ila abriendo la marcha—. ¡De prisa!

Egan cerraba el trío vuelto hacia atrás.

Las muchachas habían salido con gran griterío. Unas parecían decididas a perseguirlos, otras repetían el nombre de Urka.

El piloto abrió fuego para mantenerlas a raya.

—Si os empeñáis en seguirnos dispararé a matar. —Y luego insistió —: Ellas también han hablado de Urka. ¿Quién es?

—Ya se lo explicaré. Ahora tenemos que reunimos con Inda.

—¿Inda? —murmuró Reg extrañado.

—Fue la que nos llevó hasta esta trampa —recordó Egan.

—Tuvo que hacerlo. Se lo habían ordenado.

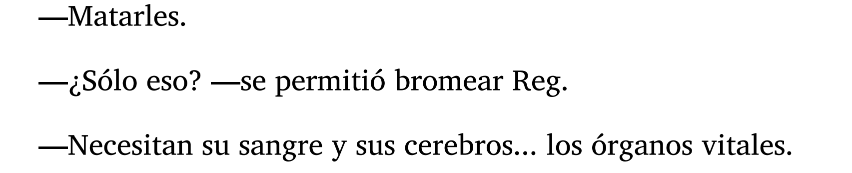
—¿Ordenado?

—Sí. Si hubiera desobedecido se habría descubierto. Y es peligroso...

—No entiendo nada —gruñó Egan que mientras corría iba volviendo la cabeza hacia atrás atento a las posibles perseguidoras.

—Inda nos espera.

—Ya, ya... ¿Y qué pretendían hacer con nosotros? —preguntó Egan.



—Matarles.

—¿Sólo eso? —se permitió bromear Reg.

—Necesitan su sangre y sus cerebros... los órganos vitales.

—¿Nuestra sangre?

Como Ila se preocupaba más de correr hacia delante que de dar explicaciones, Egan hizo una nueva pregunta.

—Nos salvó usted, ¿eh?

—Bien. Gracias. Siento haberla empujado antes. Yo no sabía...

—Claro. Usted no podía saberlo. ¡Ya estamos llegando! —exclamó Ila.

CAPITULO XVI

Habían llegado a una galería que más parecía un almacén de chatarra.

Toda clase de hierros retorcidos se amontonaban por todas partes.

Inda les esperaba junto a algo que parecía ser el resto de una nave espacial del planeta Tierra.

—¡Es la segunda que vemos! —exclamó Reg examinando la nave—. ¡Es de las nuestras!

Inda fue la que replicó:

—Hay muchas cosas de la Tierra aquí.

Egan se aproximó y miró fijamente a la muchacha, a Inda.

—¿Dónde estamos exactamente? Antes no quiso decirlo. Pero usted lo sabe. ¿O usted, Ha? ¿Cómo se llama este planeta?

—Es verdad que no lo sabemos —repuso Ila, e Inda a su vez añadió:

—En realidad, tenemos motivos para pensar que aquí hay parte de la Tierra.

—¿Parte de la...? —Egan y Reg cambiaron una mirada. Inda añadió:

—No les mentí cuando les dije que la Tierra no existía. Es cierto.

—Sí —ratificó Ha. —¿Qué pasó exactamente?

—Ustedes vayan con Ila a la nave. Allí no les ocurrirá nada. Ila les explicará todo.

—Tú tienes que venir con nosotros, Inda —atajó la otra muchacha.

—No. Sabes que no saldré de aquí si no encuentro a Pauly. Él está vivo. ¡Está aquí! No haré nada sin él.

—¡Un momento! —terció el piloto—. Luego hablaremos de este

Pauly. Pero antes usted nos dijo que en la nave corríamos peligro.

—Les mentí para que no se fueran. Ustedes son las únicas personas que pueden ayudarnos. Por favor. Háganme caso. Váyanse. Yo regresaré. Conozco bien esto... En cualquier caso, si me descubren no pueden sospechar que estoy al lado de ustedes, por eso les llevé hasta esa trampa, pero Ila y yo estábamos de acuerdo para salvarles...

—Hubiera sido preferible que hablara claro desde el primer momento. ¿No cree? —comentó Egan.

—No —adujó Ila—. Ella obró bien. De este modo sigue gozando de la confianza de las otras. Nosotras no somos como "ellas".

Los dos astronautas cambiaron una rápida mirada. Seguían sin comprender casi nada, y deseaban saber, saberlo todo.

—Bueno, bueno. Centrémonos —pidió el piloto—. Buscaremos todos juntos a ese Pauly, pero que alguien nos explique de una vez qué es lo que pasó.

Un ruido aguzó los oídos de las dos parejas que el azar, había reunido en aquella especie de chatarrería subterránea.

Ila se llevó un dedo a los labios al tiempo que Inda hizo una seña y corrió hacia un extremo de la inmensa galería que quedaba totalmente a oscuras.

Ila por su parte indicó a los hombres que la siguieran:

—¡Por aquí!

Entonces se produjo el temblor. Una vez más las profundidades tremolaron y algunas paredes se resquebrajaron, mientras parte de la techumbre se agrietaba y pequeños trozos de roca caían rebotando contra los hierros retorcidos y los restos de metal amontonados.

Los tres llegaron hasta una cavidad.

Los temblores continuaban e Ila explicó:

—Es Urka. No hay duda. Nos ha mandado perseguir. Espero que no nos descubran.

—¡Je! Bueno. Es un buen momento para hablar de esa Urka. ¿No cree? —sugirió Egan.

—Urka es… la que rige los destinos de este lugar —explicó Ila.

—Creí que era esa marimandona a la que usted dejó fuera de combate —repuso Egan.

—No. Marka es sólo la que da las órdenes. La segunda. ¿Comprende?

—No, pero si sigue hablando tal vez llegue a entender algo.

—Egan… Usted, ustedes llevan muchos años en el espacio. Es posible que hayan perdido la noción del tiempo. El tiempo no existe en el Cosmos…

—Conozco la teoría —atajó el piloto.

—Seguramente en su vuelo debió suceder algo que ustedes ignoran.

—Para mis cuentas únicamente han pasado algo más de dos años, pero ya estoy dispuesto a creérmelo todo.

Reg intervino para recordar:

—Es cierto que ocurrió, Egan. Piensa. Perdimos el control y fuimos atraídos. Todos perdimos el sentido. Los aparatos se paralizaron… Lo comentamos apenas llegar aquí.

Egan asintió y con la mirada indicó a Ila que prosiguiera.

Entretanto el temblor subterráneo persistía. Parte de una pared se derrumbó con gran estrépito al chocar contra los cascotes metálicos.

Una cuarta parte de la techumbre se hundió y al fondo apareció una nueva galería iluminada por algún hueco que comunicaba con el exterior.

Reg observó a un grupo de mujeres. Pasaban corriendo, persiguiendo a alguien. A ellos.

Egan advirtió cómo Inda surgía de alguna parte y se dirigía hacia ellas. La resonancia hizo oír su voz en el extraño lenguaje que utilizaban.

Ila sonrió:

—*¿Se* dan cuenta? Como creen que Inda está con ellas aceptan lo que les dice. Ahora les ha desviado del camino. Cuando esto termine



podremos salir.

CAPITULO XVII

A Egan, y por supuesto también a Reg, le interesaba que Ila siguiera con su relato, y la muchacha prosiguió:

—Algo se estaba produciendo en el Cosmos y ustedes no pudieron enterarse... Pero lo cierto es que fuimos invadidos... En realidad no trataron de apoderarse del planeta, sino de atacar.

—Inda nos habló de secuestros —recordó Reg.

—Es lo que ocurrió —ratificó Ila—. La gente lo tomaba un poco a broma. Se nos había repetido que la posibilidad de vida en cualquier otro planeta era real, pero había que ir a buscarla en otras Galaxias demasiado alejadas de la nuestra. Ni con las más modernas naves era posible llegar hasta ellas en razón de que ignorábamos su posición en el Cosmos... Estoy un poco enterada de esto porque trabajaba en las computadoras de la Central Coordinadora de Asuntos Espaciales.

—Conocemos perfectamente lo que se decía, siga, por favor —pidió Egan.

—Bien... Cuando alguien dijo haber visto objetos extraños, hasta se hicieron chistes. Todos estábamos confiados, demasiado confiados, hasta que de pronto..., despertamos del sueño.

—¿Qué ocurrid? —indagó Reg interesado.

—Todo fue muy rápido. Unos seres con extrañas alas aparecieron en diferentes puntos.

—¿Armados? —inquirió Egan.

—No. Pero paralizaban con su presencia. Luego supimos que algunos pequeños núcleos de residencia quedaron totalmente paralizados. Nada funcionaba. Eran seres que producían un fluido extraño... Ellos fueron los encargados de los secuestros. Hombres, mujeres y niños fueron llevados hasta grandes naves. Fuimos insensibilizados. Creo que nadie sabe cómo nos llevaron hasta aquí.

—En las naves... —murmuró Reg.

—Sí, por supuesto, pero nadie pudo recordar si el viaje fue largo o corto. Nos despertamos en un lugar que hubiera podido parecer un

hangar o algo parecido, una base de la Tierra por ejemplo, pero en seguida salimos de dudas. Estábamos en un planeta extraño. Unos robots se movían de un lado a otro, recibiendo órdenes de Urka. Eran nuestros vigilantes.

—¿Y aquellos seres? Los tipos con alas de los que ha hablado —recordó Egan.

—Ya no volvimos a verlos... Eran la brigada del Espacio, los encargados de recoger muestras. Nosotros éramos eso. Simples muestras.

Tras una pausa que ninguno de los dos amigos interrumpió, Ila continuó su relato.

—Traían "muestras" de todos los sitios. Supimos que existían otras formas de vida inverosímiles.

—¿Como esas extrañas formas...? —terció Reg.

—Ya llegaremos a eso.

—Sí, sí, prosiga —pidió el piloto.

—Los robots nos obligaban a seguir por extraños corredores para llevarnos a la gran sala experimental.

Evidentemente el recuerdo entristecía a la muchacha que, pese a mostrar la misma faz fría e impersonal que el resto de las habitantes del extraño lugar, parecía como si el recuerdo del pasado la estuviera sensibilizando. Egan pensó que Ila iba a llorar. Pero la muchacha se contuvo, recobró su tono y continuó:

—Éramos muchos al principio, pero poco a poco íbamos quedando menos. Cada uno que se iba ya no volvíamos a verlo.

—¿Os tenían encerrados? —preguntó Reg.

Ila negó.

—No. Pero era lo mismo. No podíamos huir de la nave. Los que lo intentaban eran cazados por los robots y así aceleraban su fin. Era un vivir en continuo terror. Nadie sabía lo que sucedía realmente, pero era lógico pensar en lo peor... —Y tras una breve pausa, Ila añadió—: Hasta que un día...

"Hasta que un día, uno de nosotros logró escapar del Departamento

principal. Así es como le llamaban... El Departamento principal.

Otra pausa yañadió:

—Entonces supimos lo que ocurría, y nuestro terror aumentó.

—¿Dónde llevaban a la gente? —preguntó Egan. —En el Departamento principal. Allí estaba Urka.

—¿Quién es Urka? —la pregunta la formuló Reg.

—Una máquina. Una terrible máquina, inventada por un verdadero monstruo.

Ahora Ila tenía los ojos humedecidos, pero reaccionó y su mirada volvió a cobrar dureza, frialdad.

—Urka ordena hacer experimentos con todos los seres vivos que pueden llevarse de los otros planetas.

—¿Una máquina? ¿Y no hay forma de destruirla?

—"Ellas" la necesitan...

—¿"Ellas"? ¿Te refieres a tus compañeras, a las otras muchachas?

Ila asintió.

—¿Y tú...?

—Yo no soy como ellas.

—Inda tampoco, ¿verdad? —comprendió Egan.

—Sólo quedamos ella y yo. Inda cree que Pauly vive, pero hace ya mucho tiempo que no ha aparecido.

—¿Pauly? ¿Quién es Pauly?

—Una persona muy querida de Inda. El nos procuraba las provisiones, para que no tuviéramos que ser como "ellas".

—¿Hay provisiones en este lugar? ¿Es posible hacerse con alimentos naturales?

—Si. En lo más profundo. Hay humedad y existen vegetales. Son buenos. Hemos vivido gracias a ellos. Fue después del terrible

estallido. Un choque. Pauly dijo que era la Tierra. El planeta Tierra chocó con nosotros.

Tanto Egan como Reg guardaron silencio.

CAPITULO XVIII

Los astronautas deseaban conocer más detalles, pero a la vez comprendían el peligro que estaban corriendo.

—Será mejor que utilicemos la nave. Les pondremos a salvo. Tenemos abundantes provisiones. Desde el es pació trazaremos un plan en cuanto conozcamos más detalles.

—Inda no querrá venir si no encuentra a Pauly.

—La esperaremos a que regrese. ¿Tiene usted idea de dónde puede encontrarse ese Pauly?

Ila hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Hay alguien más por aquí que debamos llevarnos?

—Helmut.

—¿Helmut?

El sonido de un cascote al chocar contra la chatarra les previno de un posible peligro.

Tanto Reg como Egan se volvieron con las armas en la mano. Cerca de ellos unos pies varoniles calzados con botas de astronauta se acercaban.

Ila hizo un ademán.

—¡No! —susurró Egan.

—Yo haré lo que debo —susurró ella. .Egan asintió. Era lista la muchacha, pensó. Y la empujó, suavemente.

Había muy escasa luz y no era posible distinguir a las personas en la distancia.

El propietario de las botas saltó de pronto hacia la muchacha.

—¡Quieto! —ordenó Egan mientras Reg enfocaba su poderosa luz..

El hombre se cubrió el rostro con la mano, e Ila reconociéndolo,

gritó:

—¡Es Helmut!

Reg observó la vestimenta del hombre.

—Lleva un traje como los nuestros. ¡Es el de Oln!

—Por favor, déjenme que les explique… Yo no sabía…

Egan seguía encañonándolo.

—Pueden fiarse de él. Es de los nuestros —adujo Ha.

—Que hable primero —espetó Reg sin dejar de enfocarle.

—Quítenme eso de los ojos, por favor. Ila les ha dicho la verdad. Necesitamos ayuda. Yo podría estar lejos ahora. Regresé por ellas. No podía dejarles aquí. Hubiera sido una cobardía…

—¿Cómo consiguió el traje de Oln? —preguntó Egan.

—Ni sabía cómo se llamaba.

—Oln era un compañero nuestro.

—Pensé que era el único astronauta. Cuando vi la nave su compañero estaba solo.

—Siga —pidió Egan.

—Había asomado a la superficie y vi la nave. Observé que dentro había alguien y quise acercarme, pero Urka debió detectar la llegada del bólido y mandó a unas chicas. Es su sistema. Ellas actuaron como gancho y atrajeron a Oln.

Reg y Egan cambiaron una mirada. Conociendo a Oln le imaginaron en presencia de algunas de aquellas agraciadas muchachas que no llevaban ropa.

—Quise advertirle, pero ya no me dio tiempo. Su compañero las siguió. Luego… intenté seguirles. No sé dónde se metieron. Sólo pude encontrar su ropa. Es posible que se desnudara. Ya me entienden ustedes.

—Sí, le entendemos —adujó Reg.

—Ya no volví a verle con vida. Oí sus gritos surgir de alguna parte v comprendí que le habían matado. Volví a la nave. Por fin tenía ante mí el medio de poder huir. Y lo hice. No es muy difícil tripular esta nave. Es algo más antigua de las que usábamos nosotros en los últimos tiempos.

—¿Usted es piloto? —preguntó Reg.

—Sí. De la Escuadra Diana. ¿Les recuerda algo esto?

—Estaba en formación cuando nosotros emprendimos el último viaje —recordó Reg a Egan y éste asintió.

Helmut añadió:

—Yo formaba parte de la patrulla de ataque. Cuando las huestes de Urka llegaron a la Tierra llevándose a hombres, mujeres y niños, los servicios de seguridad se prepararon para lo operación rescate. Es posible que Urka ya no existiera. íbamos bien pertrechados y ellos carecían de armas, pero ocurrió algo que cambió por completo las cosas.

—¿Qué fue lo que ocurrió? -—inquirió Egan.

—El fin. El nuevo experimento desplazó el planeta. Debió ser horrible hallarse en la Tierra en aquellos momentos. Vimos la bola avanzar a una velocidad indescriptible. Al llegar a un punto determinado varió de rumbo atraída por otro cuerpo. Urka. Es el nombre que podemos dar a este lugar.

—¿Y… chocaron? —murmuró Reg.

—Fue algo espantoso. Pensamos los que quedamos con vida que las dos bolas se desintegrarían, pero no fue así. La Tierra y éste lugar se empotraron materialmente y entonces surgieron cientos de volcanes. Desde el espacio podíamos ver las gigantescas columnas de humo y fuego.

—Entonces… Es verdad —musitó Reg.

—Pasó mucho tiempo —siguió Helmut—. No sé cuánto. Todo el planeta cambió su faz. Y al fin pudimos temar contacto.

—¿Cuántos eran? —preguntó Egan.

—Habían salido doce naves. Cincuenta hombres por nave. Sólo

quedo yo con vida. —¿Qué fue de las naves? —quiso saber Egan.

—Cuando estuvimos aquí hubo un nuevo cataclismo. El suelo sufrió otros corrimientos. Las naves desaparecieron entonces en las entrañas del planeta. Muchos de los nuestros cayeron ya entonces. Los demás fueron desapareciendo capturados. Aquí sólo salvan a las mujeres.

—Hay algo que no está del todo claro, Helmut… ¿Por qué esas mujeres son diferentes de ustedes? Son Terrícolas también. ¿No es así? —inquirió Egan.

—Cierto, pero ellas estaban ya de antes. Son las secuestradas de la Tierra. Después del cataclismo, para sobrevivir se sometieron a Urka. Y Urka las alimenta de esas mutaciones que ustedes sin duda han visto.

—Esas formas extrañas… —empezó Reg con un gesto de repugnancia.

—Una combinación de sangre y cerebro, inoculados a través de una corriente. Son seres vivos que sirven únicamente para alimentar a las guerreras de Urka.

—¿Y los robots? —preguntó Egan.

—Desaparecieron con la catástrofe.

—Bien, Helmut. Quizá no sea necesario realizar ningún vuelo. Podemos limpiar el planeta. Destruiremos a Urka. Usted dijo que aquí no había armas. No será difícil enfrentarse a unas cuantas mujeres.

—Menos fácil de lo que ustedes suponen.

—Luchar contra mujeres no es nuestro fuerte, por supuesto —adujo Reg—. Pero si oponen resistencia.

—No se trata de esto, amigos. Urka tiene ojos en todas partes. Y si conseguimos llegar hasta ella, nos destruirá…

CAPITULO XIX

Inda estaba tardando demasiado y decidieron ir a su encuentro.

—Iremos todos juntos. Yo abriré la marcha —dijo Egan—. Reg irá detrás, somos los únicos que llevamos armas.

Ila manifestó la suposición de que Inda como siempre andaría tratando de encontrar a Pauly.

—Tal vez esté en peligro. Helmut ha dicho que Urka tiene ojos y oídos en todas partes.

—Así es —manifestó el aludido.

—Entonces Inda ha podido engañar a sus compañeras. Pero Urka sabe ya que está con nosotros y conoce sus propósitos.

Hubo un silencio que rompió Helmut para asentir.

—Sí. Es posible.

—¡En tal caso estará en peligro! —exclamó Ha.

—Debemos darnos prisa si queremos salvar a la muchacha —atajó Egan comprendiendo la gravedad de la situación por la que podía atravesar Inda.

—De prisa. Yo les guiaré. Déjeme ir delante.

Avanzaron a través de los irregulares corredores subterráneos, recorriendo tramos de galerías, subiendo y bajando por distintos desniveles.

En algunas zonas se filtraba claridad exterior debido a lejanos agujeros de la superficie. En otras partes la oscuridad era absoluta y tenían que servirse de las linternas.

Se detuvieron en una encrucijada.

—Creo que es por ahí —murmuró Helmut pensativamente.

—¿Quieres ir hasta la máquina? —inquirió Ila.

—Sí.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Reg.

—Yo estuve una vez —explicó Ila—. Pero iba con las demás. No es fácil orientarse. Esto cambia cada momento.

—¿Y usted? —preguntó Egan a Helmut que había tomado nuevamente la delantera.

—Sé que estuve muy cerca, pero no logré dar con la galería adecuada. Pero tiene que estar más al fondo. Hay luces. Sé que hay luces. Urka tiene su propio sistema de iluminación. Yo vi un resplandor una vez.

Más adelante Ila tropezó con algo y cayó. Egan la ayudó a levantarse. La muchacha cojeaba visiblemente.

—¿Se ha hecho daño?

—Un poco, pero puedo seguir.

—Apóyese en mí.

—¡Cuidado! —previno Helmut.

Se iniciaba un descenso, y en la parte baja se escuchaba un sonido peculiar, como si alguien estuviera escarbando en el terreno.

Unos quejidos recordaron a Reg algo que ya había oído antes.

—¡Lasformas!

El foco iluminó una oscura galería llena de aquellos repugnantes bichos.

Estaban a cientos, se removían, parecían hurgar la tierra, y los más pequeños gruñían como si fueran víctimas de gran dolor.

—¡Cielos! Y pensar que alguna vez fueron seres humanos —musitó Reg sintiendo náuseas.

Helmut ya no hacía el menor caso, se aproximó a las formas que le cerraban el paso y las apartó a golpes de bota.

—Ahora ya no son nada. Y nosotros tenemos algo que hacer —exclamó.

Sí. Aunque costara hacerlo no había más remedioque apartar a aquellos seres con la punta de la bota, y oírlos quejarse a pesar de que carecían de boca.

—¿Cómo diablos pudo conseguirse esto? —espetó Reg.

—Es probable que nunca lo sepamos —repuso Helmut llegando al otro extremo de la galería.

Allí el corredor era algo más bajo y tuvieron que andar inclinados. Ila se dolía del pie. Tenía el tobillo hinchado, pero seguía adelante.

Helmut dobló hacia la izquierda y murmuró:

—Creo que he encontrado el camino. ¿Oven?

Se oía un rumor que Reg creyó identificar como agua.

—Sí. Exacto. Agua. Un río subterráneo. Por aquí hay un desvío que lleva hasta la bóveda... Es el lugar donde conseguimos las provisiones, pero suelo llegar hasta aquí por un camino más corto. Sigamos.

Continuaron su peregrinaje con la esperanza de dar con el escondrijo de Urka.

Helmut se detuvo y escuchó:

—¡Silencio! Es por aquí. —Señaló un descenso complicado. Las erupciones habían formado una irregular escalera rocosa de altos peldaños.

—¡Vamos! —susurró Egan que seguía a Helmut.

—Aguarden aquí. Echaré un vistazo. Puede que esto no tenga salida.

—Tenga cuidado.

Helmut se alejó. Alguna lejana claridad hacía que el lugar no estuviese totalmente a oscuras.

Al fin Helmut desapareció de la vista de los tres que le seguían.

Aguardaron unos segundos hasta que...

—¡Aaaah! —Fue un grito espantoso, terrible. Un alarido estentóreo, indescriptible.

—¡Vamos! —exclamó Egan.

CAPITULO XX

Reg se había quedado cuidando de Ila. Egan siguió la ruta de Helmut, pero no encontró el menor rastro, sin embargo hubiera jurado que el alarido partió de Helmut.

Con los nervios tensos y los reflejos dispuestos a actuar en el momento preciso, aguzó el oído, enfocando con su potente luz todo el entorno.

Sus ojos se quedaron fijos en las manchas viscosas de la pared de piedra. —¡Sangre!

Aparecieron Reg y la muchacha.

—Sangre reciente —adujo Reg—. Todavía está caliente.

Ila ahogó un sollozo.

—No es posible... Tenían que estar aquí... Aguardándole. Saben dónde estamos —sollozó Ila.

Reg estalló sin poderse dominar:

—¡Salid, maldita sea! —Apretó la palanca y su arma vomitó un rayo de fuego que penetró en la pared.

—Calma, Reg —pidió su compañero—. Por aquí debe haber algún agujero por donde meterse. Hay que buscar bien.

Reg encontró un estrecho paso y lo indicó a su amigo.

—No han podido llevarse a Helmut por aquí. Demasiado estrecho. Tiene que haber otro sitio.

Ila se movió hacia adelante. Egan la previno:

—Tenga cuidado...

Apenas acababa de decirlo,Ila soltó un grito. Se hundía en la tierra.

—¡Cuidado! —exclamó Reg, mientras soltaba el arma y la linterna para lanzarse a sujetar a la muchacha, antes 'de que desapareciera bajo tierra.

—¡Una trampa! —gritó Egan.

Ila jadeante estaba en el suelo, junto a Egan que observaba el suelo, donde una falsa arenilla ocultaba el poza.

—¡Ayúdame, Reg! Y usted, Ila, tome esto. —Le entregó el arma y la linterna—. Ponga la luz hacia aquí.

Con sendas herramientas que sacaron de sus respectivas mochilas los dos hombres separaron la arenilla hasta dar con lo que parecía una tapa metálica.

—¡Aquí! —exclamó Egan en un susurro.

Intentaron quitar aquella tapa colocada a pocos centímetros del suelo.

—Evidentemente se abre por debajo —dijo Reg, pero ya estaba sacando su soplete. Egan le ayudó con el suyo, y no resultó nada difícil perforar el metal. Pasaron luego un alambre por entre los dos agujeros formando un asa y tirando de ella consiguieron dejar libre la abertura.

Reg enfocó con la linterna para observar la cavidad.

—Hay una escalera —comentó—. Va hacia un lado.

—Sí, ya veo —adujo Egan—. Y hasta rastros de sangre. Por aquí se llevaron a Helmut.

Ila se cubría el rostro con las manos. Egan la tranquilizó.

—Ya nada podemos hacer, Ila, pero hemos descubierto algo que sin duda nos acerca a esa máquina. Es posible que pronto podamos destruirla para que no cause nuevas víctimas.

Y Egan tomó la delantera. Ila se colocó en medio y Reg cerraba la marcha con el arma preparada.

CAPITULO XXI

No lejos de donde se hallaban la luz se hacía más intensa, hasta culminar en el gran arco que daba entrada a una sala que había conseguido resistir los embates de los sucesivos corrimientos de tierra.

Las explosiones de los gases interiores no habían hecho mella en aquel lugar que resplandecía con la luz que emanaba de la "máquina".

Un tablero redondo en forma de mesa, de unos dos metros de diámetro, estaba situado en el centro de la estancia, sobre una tarima de unos treinta centímetros de alto.

En derredor corría una línea azulada que distaba algo más de un metro del perímetro de la mesa, sobre la cual estaban dispuestos unos pulsadores con pequeñas luces intermitentes que lanzaban continuos destellos.

El grupo de muchachas que traían el cuerpo de Helmut avanzaron hasta un rincón de la sala, y aguardaron dejando en el suelo el cadáver que habían transportado hasta allí. Dos muchachas depositaron en el suelo grandes recipientes de líquido rojo. La sangre de la nueva víctima.

Entonces, la luz central de la mesa se hizo más potente, y una lámina de la pared dejó al descubierto una sala contigua, al tiempo que aquella parte del suelo donde había quedado Helmut corría hacia el interior en dirección a un enorme tubo situado en el centro de la habitación.

El tubo absorbió a la víctima llevándolo hacia las entrañas de una máquina de aspecto rutinario que se puso en movimiento rápidamente.

El sonido característico de los latidos del corazón humano cobró vida notablemente amplificado.

A los latidos se unió un gorgoteo, y a través de una pantalla podía verse la sangre que también había entrado por la boca del tubo como se licuaba por entre unas pequeñas tuberías dispuestas como vasos sanguíneos que lo impulsaban hacia un motor que a su vez lo expulsaba hacia la parte superior.

Un científico hubiese comparado aquel armatoste a un ser humano, con corazón y cerebro automáticos, alimentados por sangre auténtica.

Por una salida de residuos fue expulsada la cabeza sin cerebro de Helmut. Tal como Reg y Egan habían visto la de su compañero Oln.

La máquina seguía trabajando con la sangre. El falso corazón emitía sus latidos que resonaban por el metalizado ámbito.

Las muchachas en torno a la máquina permanecían silenciosas.

En la mesa de la habitación contigua las luces seguían oscilando.

En la parte superior de las dos estancias unos huecos expulsaban luz como si la claridad fuese la base principal de sustento de aquel extraño antro.

Quizá por el paso del tiempo, fallaba alguna de esas luces, y era posible ver a través del agujero vacío.

Era lo que estaban haciendo Egan, Reg e Ila.

Estaban allí, contemplando lo que ocurría a pocos metros más abajo.

—Nunca hubiese podido imaginar semejante atrocidad —comentó Reg.

La máquina fue cesando sus ruidos. Los latidos del corazón mecánico enmudecieron y la sangre desapareció de la pantalla.

Lentamente se hizo el silencio.

Fue entonces cuando por otra boca del tubo surgieron las pequeñas formas sanguinolentas, desprovistas de miembros.

Formas que empezaron a moverse lanzando tenues quejidos.

Media docena de aquellos seres se esparcieron lentamente por la sala.

Reg volvió la cabeza como si no fuera capaz de resistir el impacto que aquellas transmutaciones le provocaban.

—Tenemos que actuar —dijo Egan cortando el silencio—. Acabemos con esta maldita máquina. —Y metió su arma por el agujero que les había servido de mirador.

—¡Espera! Fíjate en esa luz que rodea la mesa.

—Ya la he visto.

—Es un rayo protector. Quien hizo esto quiso asegurarse de que una vez muerto nadie pudiera manejarlo. Seguro que ese rayo es mortal.

—También nuestros rayos lo son —espetó Reg. Y disparó.

Entonces ocurrió algo que Egan ya se temía.

Los rayos dirigidos por la pistola de Reg no llegaron a la mesa. La protección lumínica de la misma actuó de escudo y se produjo una explosión en cadena que llenó la estancia de humo y chispazos.

Las muchachas empezaron a toser buscando una salida para huir de aquella humareda irrespirable.

Reg detectó el olor.

—Es el mismo gas que desprenden esas mutaciones.

—Sí, pero aumentado. Y puede ser peligroso —exclamó Egan—. Vamonos de aquí.

Ayudó a Ila a descender del montículo subterráneo al que se habían encaramado para observar la sala, cuando el fuerte olor a gas se hacía irrespirable.

—Nos vamos a ahogar —musitó Ha.

Por un corredor las otras muchachas huían de la asfixia.

CAPITULO XXII

—¡Sigamos a las chicas! —había ordenado Egan—. Ellas conocerán un lugar donde esconderse.

—¡Seguro!—adujoIla—. Urka les guía.

—¿Les guía? —preguntó Reg.

—No te asombres —terció su compañero—. Después de lo que hemos visto estoy seguro de que esta máquina lo puede casi todo... Pero tendrá su punto débil y lo encontraremos.

Ila especificó:

—Todas las que se alimentan de la producción de Urka están regidas por su cerebro. Obedecen como autómatas. Es lo que descubrió Pauly, por eso quisimos preservarnos de esa sujeción.

—Pero hay algo que Urka no puede saber, porque es sólo una máquina —dedujo Egan, pero no lo aclaró porque seguían corriendo detrás de las muchachas, pero a prudente distancia para no ser descubiertos.

Se metieron en otra galería.

—¡Quietos! —susurró Egan.

Apostados en una pared ya lejos de las emanaciones del gas las vieron armarse de palos.

—¿Qué significa...? —empezó Reg.

—Es señal de ataque. Urka debe de haberles dado instrucciones.

—¿Piensan atacarnos a nosotros con esos palos metálicos? —sonrió Reg—. Nosotros tenemos pistolas.

—No. No es a nosotros —musitó ella al ver a las muchachas desaparecer por el otro extremo de la galería.

—Entonces... —Reg no comprendía.

—Antes dije que Urka no puede saberlo todo. Por ejemplo, no

adivinó que Ila e Inda no eran de las suyas. Quizá lo sabe ahora porque ambas han hablado con nosotros. Es posible que exista una red de ondas desconocidas que llegan hasta el cerebro de Urka, pero una máquina no puede adivinar.

—¿Y cuando os daba órdenes cómo podíais interpretarlas? —preguntó Reg a Ha. Egan sonrió.

—Eso es fácil. Las órdenes son colectivas. Ellas sólo tenían que imitar a las demás. ¿No es así?

—Exacto —asintió Ha.

—Bien. Ahora hay que pensar. Veamos... Urka sabe que estamos aquí, pero sabe también que vamos armados y que le hemos disparado. Esto lo sabe "porque lo ha visto". Por tanto sabe también que no puede atacarnos con palos. Lo que tenemos que adivinar es lo que se propone.

Reg tuvo una idea.

—Es posible que nos esté tendiendo una trampa. Suponte que "quiere" que sigamos a las muchachas.

—Excelente deducción.

Reg se volvió hacia Ila y preguntó:

—¿Hay algún lugar donde puedan tendernos una trampa?

—Ya conocéis la sala de las torturas. Llamamos así aquella galería donde os ataron.

—Aquella vez nos sorprendieron porque íbamos confiados. Ahora sería distinto. Por lo tanto...

Se produjo un silencio hasta que Ila pensó en algo que le produjo un escalofrío:

—¡Inda! ¡Quieren acabar con Inda!

Ila explicó que los experimentos de Urka habían sido siempre con varones.

—Las mujeres que no querían someterse las mataba. Inda es mujer. Es posible que la tengan prisionera.



Egan hizo un ademán para que reemprendieran la persecución.

CAPITULO XXIII

Inda estaba tendida sobre la mesa de lo que Ila llamó la sala de las Torturas.

La habían atado las piernas y las manos a las patas de la mesa y se hallaba inmovilizada por completo.

La jefa, ya repuesta del golpe recibido, junto con otras mujeres estaban en actitud vigilante, cuando irrumpieron en la sala las otras muchachas armadas con las barras metálicas.

Hubo un silencio general. Todas sabían lo que había que hacer.

Inda permanecía silenciosa, resignada a su destino, como si ya nada le importara.

El pensamiento de la muchacha estaba en Pauly al que había buscado con todo afán.

Momentos antes la propia jefa le había comunicado con su lenguaje la verdad:

—Traidora... Sabemos que eres una traidora. Urka nos los ha comunicado. Y Urka quiere que acabemos contigo.

—¡No!

—¿Quieres ser como todas? —¡Soy como todas! —mintió Inda. —No. Tú quieres a Pauly. Come un poco de su mutación... Porque Pauly es ya sólo una mutación. —¡Mientes! —Tú sabes que Urka no miente...

—Urka no ha dicho...

—¡Urka lo ha dicho! Urka no miente... Come nuestro alimento, Inda. Y te salvarás...

—¡No!

¿Qué le importaba a Inda salvarse si Pauly había muerto?

Ya no le quedaban esperanzas, porque era cierto que Urka no mentía. Las máquinas no podían mentir.

—Sé como las nuestras —insistió la jefa, pero Inda se negó y. adoptó aquella actitud pasiva. Nada le inducía a la lucha por la existencia. Se encontraba demasiado triste para pensar en defenderse, lo que por otra parte era imposible.

"Antes que ser como ellas —pensó—, prefiero morir. Así terminará mi sufrimiento".

Y ahora, las muchachas provistas de aquellas barras metálicas, estaban allí. Esperando el momento de actuar, matándola a golpes para que Urka hiciera con los despojos de su cuerpo nuevos experimentos.

Cuando vio la muerte cerca, pensó que sería hermoso seguir viviendo en un lugar tranquilo. Pensó en sus amigos, en Ha, en los astronautas que querían salvarla. Pero ¿cómo...?

—Tienes una última oportunidad —le dijo la jefa con su lenguaje extraño.

—¡Quiero ser libre! —gritó esta vez Inda con todas sus fuerzas.

Pero las "otras" ya no podían entender la clase de libertad que Inda les suplicaba. Para ellas ser libre era estar sujeta a la voluntad de la máquina y comer aquellos extraños alimentos.

—Vosotras también podríais ser libres... ¿Es que ya no os acordáis de cuando vivíais en la Tierra? ¿Es que no pensáis en las angustias de cuando nos secuestraron? ¡Razonad! No estáis perdidas. ¡No lo estáis! Razonad... Rechazad la influencia de Urka. ¡Sed de nuevo vosotras mismas!

—¡Ahí están! —exclamó Ila en aquellos instantes apareciendo en el umbral de la estancia.

—¡Muerte! —gritó la jefa incitando a las otras a apalear a Inda.

—¡Dispara, Reg! —gritó Egan.

—¡No! —exclamó Ila a su vez—. ¡Cielos! Yo tuve que matar a dos para salvaros. Pero ellas tienen salvación. Pauly lo decía. Cuando la máquina esté destruida, ellas recuperarán la libertad...

Las muchachas se volvieron. Reg avanzaba presto a disparar.

—¡Muerte! —gritó de nuevo la jefa.

—¡No! —exclamó Egan—. ¡Desaten a Inda! ¡Desátenla!

—¡Muerte! —gritó por tercera vez la mujer que llevaba la voz de mando.

Parecía una lucha entre cerebros ofuscados. Pero las agresivas muchachas se inclinaban por golpear a Inda. No podían pensar en otra cosa.

—Tendremos que disparar. No queremos haceros daño porque obráis de forma inconsciente. Deteneos.

Las barras estaban en alto. Egan apuntó a la jefa.

—¡Deténgalas!

—¡No! —gritó ella en su lenguaje.

Egan disparó.

El rayo letal fulminó a la jefa y las mujeres lanzaron una exclamación de asombro y miedo. Evidentemente el rayo mortal les infundía pánico.

—¡Quietas todas! —gritó Reg.

—¡Desate a Inda! —ordenó Egan a Ila—. Vamos, Reg, ayúdame, intentaremos reducirlas.

Guardaron las armas. Las muchachas asustadas trataron de huir esgrimiendo los palos.

Eran una veintena, pero Reg y Egan tuvieron que sacudirlas para arrebatarles los palos.

Las chicas se defendían, mientras Ila desataba a su compañera.

—Golpéalas, Reg, golpéalas. Es por su bien. Necesitamos dejarlas fuera de combate. Es la única manera de que se estén quietas.

Alguna de aquellas chicas poseía extraordinaria fuerza, pero Reg y Egan sabían calcular los golpes.

—¡Ayudémosles! —gritó Ila cuando hubo liberado a su compañera.

Y las dos se unieron a los astronautas en aquella lucha que en definitiva era en beneficio de las mujeres.

CAPITULO XXIV

Jadeantes por el esfuerzo contemplaron la escena. Veinte mujeres fuera de combate y una —la jefa—, muerta por su propia obstinación.

—¿Hay más? —preguntó Reg.

Ila asintió, mientras Inda abstraída había quedado a un lado de la estancia.

—¿Cuántas? —preguntó Reg.

—Eramos noventa —declaró Ha.

—Bien, mejor será que no tengamos que cruzarnos con ellas. Porque ahora lo más importante es destruir a Urka.

—Es imposible. Es más fuerte que nosotros —murmuró Ha.

—Jamás una máquina puede vencer a un hombre —recalcó Egan.

—Es demasiado inteligente. Ya lo han visto. Nadie se puede acercar...

Egan se aproximó a Inda y la rodeó por el hombro.

—Pauly y usted hablaron de la máquina... ¿Verdad?

—Pauly está muerto —repitió ella.

—Esto desgraciadamente es ya irreversible, Inda. Pero nosotros estamos vivos. Podemos ayudar a estas muchachas que antes eran como vosotras. Quizá encontremos más supervivientes en este planeta...

Inda guardó silencio.

—Cuando destruyamos la máquina podemos luchar para convertir este sitio en un lugar habitable.

Inda le miró llena de tristeza. Egan hizo un ademán a Reg para que se aproximara.

—Cuida de ella.

—Con mucho gusto.

—Tiene que decirnos si Pauly le habló de algunas posibilidades respecto a la destrucción de la máquina. Él estuvo más tiempo aquí. Quizá sepa...

—Ya lo oyes, Inda... Puedes ayudarnos, hay que pensar. Entre todos quizá encontremos la solución. Sé que te sientes muy sola... Yo también. Todos estamos solos. Lo hemos perdido todo... Yo, Inda, era casado, ¿sabes? ¿Cómo crees que me sentó saber lo que había ocurrido a la Tierra? Estamos en el mismo caso. Lo hemos perdido todo, pero hay que vivir, y no será posible vivir aquí si antes no hacemos una buena limpieza. Ya no es por venganza, Inda, es por necesidad, de lo contrario tendríamos que navegar por el espacio en busca de un habitáculo. Y esto no es fácil, Inda. Nos ayudarás, ¿verdad?

Egan estaba con Ila. La muchacha lloraba apoyada en su hombro. Los últimos acontecimientos la habían extenuado. Luego se sentía agotada física y moralmente.

—Todo se arreglará —murmuró el piloto.

—¿Tú también tenías esposa? —le preguntó ella.

—No. Yo no. Me llamaban el soltero eterno. Había un par de chicas en... ¡Cielo santo! ¿Dónde estarán ahora?

Se hizo un silencio. Inda lo interrumpió para decir al fin:

—Pauly dijo que le faltaban instrumentos para poder destruir la máquina. Tenía un plan, pero nunca llegó a hablarme de él. No podíamos hablar demasiado.

Se hizo un silencio. Egan pensó en algo y exclamó:

—Repita eso que ha dicho, Inda.

—Dije que no podíamos hablar demasiado... —repuso la muchacha.

—Pero hablabais.

—Sí... En la bóveda, donde crecen los vegetales —explicó Inda.

—Y sin embargo Urka *no lo sabía.*

—¿Eh?

—Que Urka —recalcó el astronauta—, no sabía que Pauly estaba en la caverna.

—Sí lo sabía.

—Bien, pero has dicho que hablabais. Por lo tanto tenía que "saber" que tú no eras de los suyos, pero no lo descubrió hasta hace poco.

—¡Es verdad! —exclamó Ila—. Yo también hablaba con él y con Helmut...

Reg comprendió dónde quería ir a parar su compañero y exclamó:

—¡Esa bóveda! Tiene que quedar a cubierto de todo el sistema de escucha.

—Sí, Reg. Los oídos de Urka no llegan hasta esa bóveda. Es un buen lugar para seguir hablando. ¡Vamos! ¡Conducidnos hasta allí! —decidió Egan.

* * *

Tras cruzar por distintos caminos de la enorme caverna, Ila y su compañera dieron con el sendero que les condujo hasta la bóveda.

Era un lugar amplio, rodeado de vegetación regada por un rio subterráneo. Olía a frescor y era grata la estancia allí.

Crecían hongos y otras hierbas que las muchachas conocían a la perfección.

Las paredes que rodeaban la caverna podían confundirse con laderas de montañas terrestres.

De algún lugar brotaba un manantial.

—Sí —dijo Egan—. Haremos de esto un lugar habitable. Se respira. Sale oxígeno puro de alguna parte.

Reg rompió el encanto para decir:

—Sí. Pero primero, ¿cómo destruimos a Urka?

CAPITULO XXV



Habían comido vegetales cocidos e Ila comentó:

—Ya no recordaba el sabor de la comida caliente. No teníamos ningún medio para encender fuego.

—No ha sido un banquete precisamente. ¿Qué opinas, Inda? —preguntó Reg.

—Ila estado muy bueno —y añadió—: Ila tiene razón. Yo diría además que hemos vivido peor que los animales.

—Bien. Es hora de pensar en el modo de destruir la máquina —terció Egan.

—Creo que la comida caliente embota los sentidos —sonrió Reg.

—Pues mantenlos despiertos, porque habrá que trabajar.

—Estoy dispuesto.

—Tú entiendes algo sobre circuitos electrónicos de seguridad. ¿Verdad?

—Sí. Empollé bastante.

—Urka tiene uno de esos circuitos.

—De acuerdo, Egan, pero ignoramos la frecuencia. Su rayo es de signo contrario. Un antípoda. La antimateria.

—De acuerdo, Reg, de acuerdo. Pero no es el rayo lo que vamos a atacar, sino la máquina.

—¿Cómo?

—Ya lo tengo, Reg. Ya lo tengo. La atacaremos... ¡Por arriba!

—¿Cómo?

—Habrá que buscar la parte superior de Urka. El techo. ¿Comprendes?

—¡Oh, sí, pero...!

—Sé lo que vas a decirme. Nos costará algún trabajo encontrar el lugar exacto, pero si lo hallamos…

—Su rayo protector no servirá de nada.

—Es lo que quería saber, muchacho. ¡Manos a la obra!

Se imponía encontrar el centro de Urka y taladrar el techo para desde arriba atacar la máquina y destrozarla con rayos. Pero para ello era necesario encontrar el epicentro de la máquina y Egan recomendó:

—Ni un solo comentario mientras regresemos allí. Urka desconoce nuestros planes. No le demos ninguna pista.

Avanzaron en silencio hasta salir de la zona del río subterráneo. Egan abría la marcha, le seguían las dos muchachas y Reg cerraba la comitiva.

Ambos hombres portaban la luz en una mano y la pistola en la otra.

Egan indicó el camino que Helmut le había señalado cuando iban al departamento de Urka. Era un paso difícil, estrecho, pero lograron superarlo.

Estaban ya en la galería al mismo nivel de la estancia. Egan señaló la parte superior. Quería indicar que necesitaban encontrar un hueco o un paso para ascender y colocarse encima mismo de la sala de la máquina.

Las paredes por aquella parte parecían totalmente herméticas. Reg tuvo una idea arriesgada. Observando una cavidad indicó a las mujeres que se protegieran allá dentro.

—Esto está lleno de oquedades ocultas —dijo a media voz—. No importa que Urka pueda oírnos, desconoce nuestros planes.

—¿Qué te propones?

—Disparar. Los dos a la vez.

Egan comprendió. Reg intentaba provocar un corrimiento de tierras. Era arriesgado, pero no tenían a mano otra solución mejor.

Asintió.

—¡Ya!

Los dos hombres dispararon a discreción y los poderosos rayos de sus pistolas se hundían en la roca dura resquebrajándola, o bien penetraban en la arena aprisionada entre las moles.

Las largas cargas agotaron las respectivas pilas, pero tenían repuesto y cargaron de nuevo.

—Estamos a punto de conseguirlo, Egan. ¡Fíjate en esa roca! —exclamó Reg.

No tardó en producirse lo que ambos esperaban. La roca castigada por los rayos se partió y cayó hacia adelante obstruyendo el paso y haciendo que la arena aprisionada saltara,

—¡Atrás, atrás! —gritó Egan.

El alud subterráneo había empezado. Toda la cavidad retumbó como si se tratara de un terremoto. Con la arena se mezclaron gruesas piedras abriendo grandes agujeros y tapando otros. Pero de pronto sucedió lo imprevisto. Una roca salió despedida por la presión del agua.

—¡Cuidado, hay que salir de aquí! —exclamó Reg y corrió hacia donde habían quedado las muchachas, cuando una riada amenazaba con invadir la galería.

—¡Por ahí! —exclamó Ila que había visto una recta ascendente.

El agua les llegaba hasta los tobillos cuando intentaban ascender, pero en aquel instante otra riada venía de la parte superior.

—¡Atrás, atrás! —gritó Egan.

La furia de la corriente derribó a Ila que fue arrastrada por la corriente cada vez más veloz.

Egan se lanzó en busca de la muchacha luchando contra las dos corrientes que se arremolinaban buscando una salida.

—¡No puedo! ¡No puedo! —gritaba la muchacha intentando mantenerse a flote.

—¡Intenta mantenerte a flote! —exclamó Egan a su vez.

Reg intentaba echarles una mano, pero la corriente de aquel lado le empujaba en dirección opuesta.

—¡No puedo llegar hasta ahí! —dijo.

—Llévate a Inda. ¡Salvaos los dos! —exclamó Egan con un tremendo esfuerzo para sujetar a Ila.

Lo consiguió al fin y la arrastró.

—¡No pierdas la serenidad! Seguiremos la corriente, el agua se encargará de facilitarnos la salida.

Entonces parte de la falsa techumbre se hundió y un tremendo chorro de agua cayó muy cerca de donde se hallaban.

—Es inútil, Egan —gimió la muchacha—. Nos ahogaremos.

El agua les llegaba hasta la altura del pecho y subía, subía…

CAPITULO XXVI

Era prácticamente imposible resistir los embates de aquellas olas.

La pareja se hallaba por completo a merced de las turbulentas aguas que les llegaban hasta el cuello, amenazando con inundar totalmente la galería y dejarles sepultados.

Egan se debatía con todas sus fuerzas, arrastrando consigo a Ila que había perdido el sentido.

El mismo ruido de la indescriptible fuerza de la corriente apagaba el eco de otras explosiones que cambiaban la faz del subterráneo.

Egan seguía arrastrando a la joven Ila en busca de una salida.

La tromba de agua se metía por un estrecho agujero en busca de una salida.

Egan se dejó engullir sin soltar a Ila a la que sujetaba por la boca.

Aguantando la respiración quedó sumergido dejándose arrastrar por la corriente.

Sentía que los pulmones iban a estallarle por falta de aire, pero continuaba aguantando un segundo más y otro. El ansia de vivir le mantenía todavía consciente pero sabía que estaba al borde de sus fuerzas.

El estrecho paso seguía completamente lleno de agua, que parecía discurrir por una tubería sin fin.

"No puedo más... esto se acabó", pensó Egan.

* * *

Reg e Inda estaban en lo alto de una ladera de la corriente. Era un lugar ancho en cuyo borde el agua tenía un cauce natural para proseguir su marcha.

Inda, por primera vez, parecía sentir deseos de vivir. Se estaba preocupando por la suerte de su compañera, y también de Egan. Se sentía angustiada por lo que hubiera podido ocurrirles.

—Tienen que salir por aquí... ¡Oh! ¡Que no les haya ocurrido nada! —deseó.

Reg miraba el agua, cuya presión borraba su transparencia. El también pensaba que de estar vivos, los dos tenían que aparecer por aquel lugar.

El agua seguía su alocada carrera. Metros y metros cúbicos de elemento líquido buscaban una salida, pero los cuerpos de Egan y de Ila seguían sin aparecer.

* * *

La luz del exterior había dejado de filtrarse al interior de las grutas, sin embargo, millones de luces brillaban en el firmamento. Era de noche y podía verse a través del enorme hueco que se había producido en el techo.

Ahora el silencio en lo que fue una buena parte de la caverna era roto únicamente por el murmullo del agua tranquila que formaba nuevos cauces hacia el exterior, buscando, posiblemente, un mar donde depositar su caudal.

Una luna azulaba el panorama, ofreciendo una bella y solitaria estampa de aquel lugar insólito formado por dos planetas.

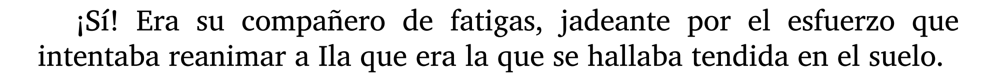
tada y Reg tenían la sensación de haber andado cientos de kilómetros. Estaban cansados, agotados.

—Tienes que descansar, Inda —murmuró el joven. La arropó con su casaca impermeable, mientras él quedaba abrigado por su camisa de material igualmente impermeable.

—Reg... Mira. —La muchacha había señalado a la otra orilla. Una sombra se movía. Había otra forma tendida en el suelo.

Reg empuñó su arma, pero no tuvo necesidad de esgrimirla :

—¡Egan!



¡Sí! Era su compañero de fatigas, jadeante por el esfuerzo que intentaba reanimar a Ila que era la que se hallaba tendida en el suelo.

—¡Egan!

Cruzó el curso del río seguido de Inda. El agua les llegaba únicamente a las rodillas en aquel paraje que en circunstancias normales hubiera podido parecer el mismísimo Paraíso.

—¡Egan! —Los dos amigos se fundieron en un abrazo mientras Inda trataba de reanimar a su compañera.

—¡Respira! —exclamó—. Está viva. ¿Cómo han llegado hasta aquí? —inquirió Inda.

—No lo sé. Ignoro el tiempo que ha transcurrido. Fuimos arrastrados por las aguas.

—Esto es fantástico, Egan. ¡Estamos vivos! Esto ha cambiado. El agua estaba aprisionada. Han estallado los gases. Creo que la cueva ha quedado totalmente sepultada. Mira en derredor. Había vegetación oculta… Esto está lleno de vida. Yo todavía conservo las semillas que nos trajimos de la Ti… Bueno, si esto es parte de la Tierra seguro que aquí germinarán. No será necesario buscar ningún habitáculo. ¡Este será el nuestro!

—Sí, Reg. Pero primero tenemos que hacer algo. ¿Recuerdas? Nunca seríamos libres si no destruyéramos esa maldita máquina.

—Necesitamos descansar. ¿No? Además… Con lo ocurrido quién sabe dónde estará la máquina.

—No descansaré hasta destruir Urka —recalcó Egan.

CAPITULO XXVII

La odisea que vivió Egan empujado por el agua le había costado su mochila, la linterna y la pistola, pero Reg seguía conservando sus pertrechos y fue él quien abrió la marcha en busca de Urka.

Al ir a cruzar una parte del río, Egan observó las formas que flotaban sobre el agua.

—¡Mira! Son los experimentos de Urka.

—Eso prueba que todo está inundado, Egan. Es posible que la máquina lo esté también.

—Es mejor que sigamos buscando, Reg...

Fue una larga noche de peregrinaje en lo que quedaba de subterráneo que ya era muy poco, porque las cuevas del subsuelo habían quedado destruidas y la luz del sol iluminaba casi todos los recovecos.

—¿Sabes qué pienso, Egan? —preguntó Reg con una sonrisa.

—Si no me lo dices...

—Cuando transcurran siglos y más siglos y este planeta vuelva a convertirse en un lugar habitado por nuestros descendientes, es posible que alguien descubra estas cuevas llenas de estalactitas y estalagmitas. Y la gente que viva entonces se preguntará cómo demonios pudieron formarse.

—Está bien, les dejaremos un escrito para que todo el mundo sepa el origen de todo esto y no tengan queinventarse leyendas. Vivimos en una época avanzada, no lo olvides. Tenemos medios para legar a la posteridad lo que hemos vivido.

Reg rio de buena gana.

—Vivimos en la prehistoria, amigo mío. En la prehistoria de una nueva civilización...

Se quedaron mirando un buen rato. Aquél podía ser un momento histórico.

Un tremendo estallido derribó parte de las piedras que hacían las veces de paredes sin techo, mientras en un lugar cercano algo estaba ardiendo.

—¡Allí! —gritó Egan.

Corrieron los dos amigos seguidos de sus compañeras.

Poco después se hallaban sobre el pupitre de Urka que era arrastrado por las aguas en medio de una humareda, mientras el fuego se iba consumiendo.

Reg disparó dos veces sobre el pupitre arrancando dos nuevos fogonazos.

—Dámela. Sé que no es necesario, pero dámela. Quiero estar seguro de que esto desaparece para siempre —dijo Egan.

Reg le entregó la pistola y Egan disparó a su vez. El rayo destrozó totalmente el pupitre y entre los destellos de fuego rápidamente apagados por el agua, pareció oírse una voz que hizo estremecer a Inda e Ha.

Los hombres se volvieron.

—Ila hablado —dijo Egan—. ¿Verdad que ha hablado?

—¿Qué ha dicho? —preguntó Reg a su vez.

Tras un silencio Ila tradujo.

—Sólo dos palabras. Ha dicho: EL FIN.

* * *

Por otras corriente de agua surgieron cascotes procedentes de la máquina productora de mutaciones, confirmando de forma positiva que realmente acababa de concluir el fin de un planeta y de una raza inexistente que había perpetuado sus monstruosidades a través de una máquina terriblemente perfecta.

—Odiaré las máquinas por todo lo que me reste de vida —escupió Reg.

—Las máquinas son para servir al hombre, Reg. Tendremos que fabricar alguna para hacer algo positivo. No lo olvides.

—Sí, pero que no tenga cerebro. Por favor, que no tenga cerebro —puntualizó su compañero.

Las dos muchachas miraban los diferentes cauces que iban formando las aguas. La claridad del nuevo día era ya absoluta y el sol calentaba de forma reconfortante. Pero ellas parecían preocupadas. Tristes.

—Las chicas. Han desaparecido —murmuró Ila.

Egan se aproximó y la estrechó con fuerza atrayéndola hacia sí.

—Nada se ha podido hacer, Ila. Quizá haya sido mejor así… para ellas.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Es difícil de saber. Era una situación extraña, muy extraña. No estábamos preparados para ella..

—Y ahora…

Egan la abrazó.

—Ahora hemos de pensar en nosotros. Quizá encontremos más gente, pero si no fuera así, sabemos, al menos, que a partir de ahora vamos a construir nuestro propio mundo. Reg, Inda, tú y yo.

Se volvieron hacia la otra pareja y les vieron alejarse hacia la orilla de un lago que se estaba formando con el agua que confluía de diversos cauces.

Egan atrajo más a y la besó en los labios, y ella se entregó con toda su alma, como si estuviera deseando sentirse amada y protegida.

Era el principio, la hora cero de una nueva generación.

Comenzaba otra historia.

FIN